

LIBRO
DE
MORAL PRÁCTICA

6
COLECCIÓN DE PRECEPTOS Y BUENOS EJEMPLOS.

PARA LA LECTURA CORRIENTE EN LAS ESCUELAS Y FAMILIAS

POR TH. H. BARRAU

OBRA

aprobada por los Ilustrísimos Señores Arzobispo de Paris
y Obispos de Versalles y Pamiers

Traducida del francés y adicionada

CON VARIAS LECTURAS CONCERNIENTES A LA AMÉRICA DEL SUR

POR

D. CÉSAR C. GUZMÁN

Director que fué de Instrucción pública de los Estados Unidos de Colombia.

NOVENA EDICIÓN

PARÍS
LIBRERÍA DE HACHETTE Y C^{IA}

79, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 79

—
1890

TEMA RAU
BIBLIOTECA
DE
MORAL

FRAGIL

BJ45
B32
C.1

009828



1080021681

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

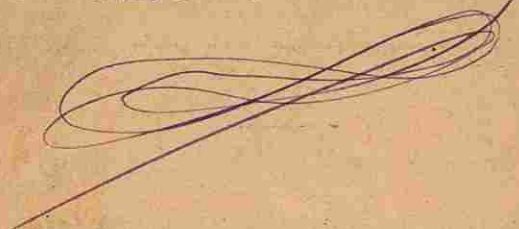
Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Mariano Mercado



Mariano Mercado

LIBRO

DE

MORAL PRÁCTICA

dedicado a mi querido y apli-

cado discípulo Mariano Mer-

cado, en premio de su buena

conducta.

Juan Barra

México, Dce. 20 de 1896.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

La miopía es, por desgracia, demasiado frecuente en los niños que concurren á las escuelas.

Una comisión de cirujanos oculistas, que el Ministro de Instrucción pública reunió en París, en 1882, atribuyó esta molesta enfermedad al alumbrado defectuoso de ciertas salas de estudio, al empleo de libros impresos con caracteres muy chicos y á la mala postura de cuerpo en que suelen ponerse á menudo no pocos niños.

Del informe de aquella comisión, redactado por el Doctor Gariel, extractamos lo que sigue :

« La comisión ha decidido, desde luego, que, en lo venidero, se « debería imprimir, bien sea en papel blanco ó mejor aún en papel « ligeramente amarillento, los libros destinados á la enseñanza. « Serias razones militan en favor de esta elección; y, por otra « parte, hemos de decir que, actualmente, numerosas publicaciones « periódicas, libros de biblioteca y aun obras de lujo están impresas en papel del color que recomendamos, contra el cual jamás « se ha formulado objeción ninguna, si bien fué, pero sólo al « principio, objeto de críticas sin bases serias. »

Conforme al dictamen de la comisión, empleamos para la impresión de la presente obra, papel del color más favorable para la conservación de la vista de los niños.

París, enero de 1890.

LIBRO

DE

MORAL PRÁCTICA

ó

COLECCIÓN DE PRECEPTOS Y BUENOS EJEMPLOS

PARA LA LECTURA CORRIENTE EN LAS ESCUELAS Y FAMILIAS

POR TH. H. BARRAU

OBRA

aprobada por los Ilustrísimos Señores Arzobispo de París
y Obispos de Versalles y Pamiers

Traducida del francés y adicionada

CON VARIAS LECTURAS CONCERNIENTES Á LA AMÉRICA DEL SUR

POR

D. CÉSAR C. GUZMÁN

Director que fué de Instrucción pública de los Estados Unidos de Colombia.

NOVENA EDICIÓN

PARÍS

LIBRERÍA DE HACHETTE Y C^{ia} Capilla Alfonsina

79, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 79

Biblioteca Universitaria

1890

46252

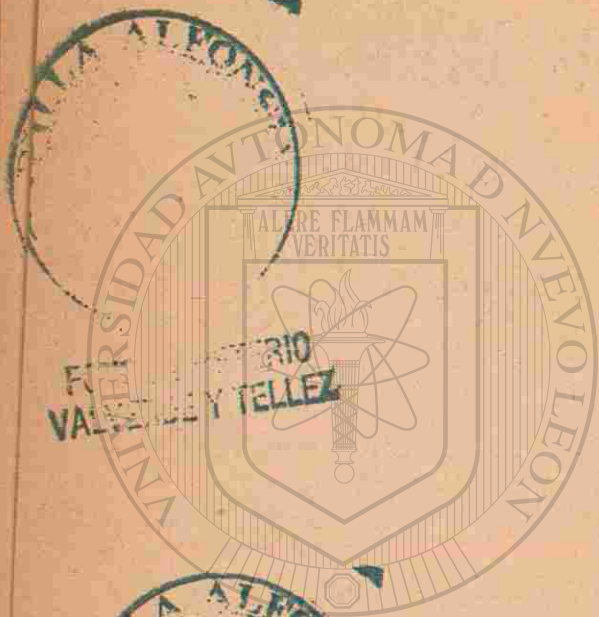
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez



B345

B32



FONTO VALDELLEROS Y TELLEZ

LIBRO

DE

MORAL PRÁCTICA

PRIMERA PARTE

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS

§ I. PRÁCTICAS DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS.

La piedad es todo en el hombre. (Bossuet.)

Dios nos ha hecho á semejanza suya, esto es, racionales, para que podamos conocerle como la verdad infinita y amarle como á la inmensa bondad. (FEN: LON.)

A vosotros os gusta la alegría, el reposo, el placer: yo he probado todo eso, y no encuentro alegría, reposo ni placer mas que en servir á Dios. (MADAMA DE MAINTENON.)

La religion consuela al hombre en la desgracia y derrama una dulzura celestial en las amarguras de la vida. (B.)

¡Cosa admirable! La religion cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, es al mismo tiempo nuestra dicha en este mundo. (MONTESQUIEU.)

San Vicente de Paul.

[1576-1660.]

San Vicente de Paul nos presenta el ejemplo mas hermoso de las virtudes cristianas, pues no solamente las practicó todas con admirable fervor y con una abnegacion heroica, sino que hacia amarlas y practicarlas á cuantos le trataban, abrazando todos los corazones con el mismo divino amor que á él le animaba.

MORAL PRÁCTICA.

800328

La vida de este ilustre sacerdote frances fué una cadena no interrumpida de buenas acciones. Apresado cuando jóven por los piratas de Túnez y vendido como esclavo á un renegado, llenó de un verdadero arrepentimiento el alma de su amo, le convirtió é hizo que él mismo le restituyera á Francia. Siendo capellan de galeras descubrió un dia que uno de los presidiarios habia sido injustamente condenado; y para reparar esta injusticia humana, el buen sacerdote se puso él mismo la cadena de ese desventurado hasta que obtuvo su libertad. Recorrió toda la Francia visitando los presos y los enfermos, y fundando cofradías de caridad en todas partes. Establecióse por último en Paris, desde donde su celo continuó haciéndose sentir por todo el ámbito de Francia. Fundó la congregacion de los *sacerdotes de la mision*, destinados á instruir á los campesinos y á formar clérigos en los seminarios; creó la admirable institucion de las *Hermanas de la Caridad* para asistir á los enfermos pobres; fundó las *casas de expósitos*, donde son recogidas esas miserables criaturas, á cuya subsistencia no pueden subvenir los padres á causa de su miseria, y que yacian abandonadas en las calles ántes que el virtuoso sacerdote se encargase de proporcionarles un asilo. Fundó tambien hospicios para los ancianos.

San Francisco de Sales.

[1567-1622.]

Cuando San Francisco de Sales fué nombrado obispo de Ginebra¹, resolvió consagrarse enteramente á sus deberes episcopales. Encargóse, pues, de asistir personalmente á pobres y enfermos, y su celo no descuidó medio ni esfuerzo alguno para restituir á la verdadera fe las ovejas de su diócesis que se habian descarriado de la Iglesia católica.

1. Aunque tenia el título de obispo de Ginebra, no por eso podia residir en esta ciudad protestaute: la sede

episcopal se habia establecido en Annecy, ciudad de Saboya, situada á 27 kilómetros de Ginebra.

Persuadido de que la voz del primer pastor era el medio mas eficaz para inducir al bien las almas extraviadas, se dedicó con este fin á visitar todas las parroquias de su jurisdiccion, resuelto á no interrumpir jamas tan útil ejercicio. Recorria con inauditos trabajos las montañas de Saboya, andando á pié por desiertos espantosos, reducido las mas veces á dormir sobre un monton de paja en las humildes cabañas de los pobres montañeses, obligado á trepar por rocas escarpadas y á salvar horribles precipicios, hablando á todo el mundo con una bondad capaz de entenercer aun á las mismas fieras: participaba de las penas y necesidades de los pobres, les ayudaba en cuanto le era dable, y hasta se le vió despojarse de una parte de sus vestidos para abrigar con ellos á los menesterosos cuando no tenia otra cosa con qué socorrerlos.

Los principales habitantes de un valle de los Alpes fueron á buscarle un dia para decirle que unas rocas despeñadas de las montañas habian aplastado muchas habitaciones, sepultando bajo sus ruinas gran número de desgraciados y los rebaños, que eran la riqueza del país: añadieron, que á pesar de haber quedado reducidos á la indigencia por esta catástrofe, no habian podido lograr que se les eximiera del pago de las contribuciones, y le suplicaron se dignara enviar á aquellos parajes á uno de sus vicarios generales para que reconocido el estrago, intercediese con el gobierno en favor suyo. Ofreció Francisco partir con ellos al instante para aliviarlos en cuanto pudiese; y habiéndole hecho presente los comisionados, que si bien el valle distaba apénas tres leguas de allí, era intransitable el camino, el santo obispo les respondió: « Vosotros habeis podido venir. — Es verdad, le replicaron los montañeses, pero nosotros somos unos pobres acostumbrados á este ímprobo trabajo. — Pues yo, hijos míos, soy vuestro padre, y tengo el deber de proveer por mí mismo á vuestras necesidades. » Partió, en efecto, con ellos, y despues de emplear un dia entero en andar las tres leguas, halló una poblacion insoluble y en la mayor miseria. Mezcló sus lágrimas con

las de aquellos infelices, les alentó con sus exhortaciones, les dió todo el dinero que llevaba consigo, escribió por ellos al gobierno, y consiguió lo que pedían. Esta diligente caridad, secundada por una elocuencia tan rara, produjo en todas partes maravillosos efectos.

Acababa de ganar un pleito de consideracion contra varios habitantes de su diócesis, litigio que sostuvo porque se trataba de los intereses de la Iglesia, los cuales no le era dable abandonar: su mayordomo queria que exigiese rigurosamente de sus contrarios el pago de todas las costas: «Libreme Dios, respondió el digno prelado, de tratar á nadie así, cuanto ménos á mis diocesanos.» Insistió el mayordomo haciéndole notar que las costas ascendían á una suma no despreciable, y Francisco le preguntó: «¿Y en cuánto avaluáis los corazones que acaso me haya enagenado esta litis? Para mí son inapreciables.» En el acto envió á buscar á sus adversarios y les declaró que estaban en paz con él por las costas y gastos á que les habia condenado el tribunal.

La generosidad del prelado ponía de muy mal humor al mayordomo, quien hallándose á veces muy apurado para atender á los gastos domésticos, se quejaba amargamente á su amo y le amenazaba con abandonarle. Pero Francisco le respondía con su acostumbrada dulzura: «Teneis razon; soy incorregible, y lo peor es que lo seré siempre, segun parece.»

Retirábase confuso el mayordomo y solía decir á los demas sirvientes del palacio episcopal: «Nuestro amo es un santo, pero nos llevará á todos al hospital, y él mismo será el primero que va ya si no se enmienda.»

San Cárlos Borromeo.

[1538-1584.]

Cárlos Borromeo, oriundo de una ilustre familia de Milan, contaba apenas veinte años cuando su tio materno fué elegido papa bajo el nombre de Pio IV. Este suceso, que le

abria la mas brillante carrera, no despertó en él ni orgullo, ni ambicion. Aunque su tio podia elevarlo á un alto puesto en las dignidades mundanas, fiel al deseo que habia manifestado desde su mas tierna edad, se ordenó *in sacris*, es decir, recibió las órdenes sagradas, á lo cual no se opuso su tio, aunque sí le sorprendió la determinacion.

Por grande que fuese la modestia de Cárlos, él no pudo sustraerse á los honores que merecia. Sin embargo de que era tan jóven, fué nombrado cardenal, arzobispo de Milan, y tal era la confianza que le inspiraba á su tio, que puede decirse que era el jóven Cárlos quien gobernaba la Iglesia. A su prodigiosa actividad se debe la conclusion de los trabajos del concilio de Trento, que arregló con tanta autoridad la disciplina eclesiástica.

Terminada esta tarea, resolvió Cárlos consagrarse únicamente al cuidado de su diócesis. Milan, que amaba y admiraba ya á su primer pastor, le hizo el mas brillante recibimiento, erigiendo arcos de triunfo á cada paso en el camino por donde entró. Animo varonil y perseverante, caridad tierna y compasiva, poder inflexible en el bien, voluntad incontrastable de la fe, modelo encantador de paciencia y de bondad, abnegacion generosa que rayaba en heroismo: tales fueron las cualidades que desplegó constantemente.

Hacia ya mucho tiempo que los arzobispos de Milan no residian sino como por excepcion en su diócesis; ausencia que habia producido una relajacion deplorable en la disciplina. Cárlos restableció el orden y la regularidad, mediante sus perseverantes esfuerzos y principalmente con su buen ejemplo.

Mas severo consigo mismo que con los demas, se imponía las mas duras privaciones, comiendo con suma parsimonia y durmiendo sobre una tarima; y aunque era naturalmente muy inclinado al sueño, se pasaba estudiando la mayor parte de las noches. Si se le instaba para que tomara algun descanso á fin de reponer sus fuerzas, contestaba citando el ejemplo de su tio Santiago de Médicis, cé-

lebre capitán que no se acostaba nunca, dormía poco, y esto apenas sentado: «¿Por ventura, decía, no puede hacer otro tanto un obispo, sobre todo cuando tiene que luchar contra los enemigos de nuestra salvación?»

Su paciencia para soportar el rigor de las estaciones era increíble. Como se tratase de calentarle un día la cama, dijo con sonrisa á la criada: «El mejor medio de no hallar el lecho frío, es el acostarse uno más frío que él.» En vano le exhortaban para que moderase sus grandes austeridades, pues respondía que la vida austera no podía ser nociva á la salud, y que era menester cuidar del alma con preferencia al cuerpo.

Era tan dulce é indulgente para con los demás, como duro y severo consigo mismo, siendo el primero en disuadir á sus clérigos de los ejercicios de mortificación á que él se entregaba y que ellos no habrían podido soportar.

Sus bienes de fortuna eran cuantiosos, pero su generosidad y su munificencia eran aun mayores. Sus abundantes limosnas aliviaban todas las miserias y se anticipaban á socorrer las necesidades. Nada reservaba para sí. Los colegios, escuelas, seminarios, fuentes públicas, hospitales é iglesias que hizo construir, subsisten aun en Milan y en otras ciudades, y son monumentos de una munificencia tan ilustrada cuanto caritativa.

Hacia con frecuencia visitas pastorales á los diversos cantones de su diócesis, algunos de los cuales son montañosos y de difícil acceso, padeciendo en sus excursiones muchos trabajos, porque no vacilaba en acudir á los sitios más inaccesibles, sobre todo si había de hallar en ellos algún desgraciado á quien amparar, algún oprimido á quien defender. Donde el camino lo permitía, iba á caballo, pero en los parajes montañosos andaba muy á menudo á pié, apoyado en un bordon, con ramplones en los zapatos para no caer en los precipicios. A veces, para trepar por las rocas escarpadas, se agarraba de ellas con piés y manos, llevando á cuestras una parte de su equipaje para aligerar la carga á sus criados.

Hé aquí un hecho que prueba la bondad de su alma y los peligros á que se exponía en sus visitas pastorales. Queriendo un día visitar indispensablemente unas miserables chozas perdidas en las montañas, se separó de los suyos, tomó un guía y se encaminó solo con él á la aldea. Para llegar á ella había que atravesar un torrente, cuyas aguas habían crecido á causa de las lluvias y que bajaba impetuoso de la sierra: propúsole el guía echarse á cuestras, á lo que accedió el prelado, pero una vez á la mitad del torrente, el guía, fuese por torpeza ó por cansancio, le dejó caer, y en vez de alargar el brazo para ayudarle, retrocedió, llegó á la orilla y echó á correr. Aunque enredado Carlos en su hábito episcopal, luchó contra las aguas, muy altas en aquel sitio, logró salir del torrente, y llegó empapado á una habitacion vecina. Inmediatamente hizo buscar al guía, y lejos de reconvenirle, le tranquilizó y le dió una gratificación. Hoy día se muestra aun el paraje donde tal accidente acaeció.

Combatiendo los desórdenes que reinaban en su diócesis, necesariamente tenía que grangearse enemistades al buen prelado y provocar resistencias. Hubo algunos frailes perversos que consideraron lícitos todos los medios para sustraerse á la reforma, y no retrocedieron ni ante el asesinato. Uno de ellos, de nombre Farina, se apostó un día á la entrada de la capilla del arzobispado, cuando estaba rezando el cardenal, y le disparó un arcabuzazo. Al sentirse herido Carlos, hizo esta exclamación: «¡Dios mio! ¡Creador mio! te ofrezco el sacrificio de la vida que me has dado, y te rindo gracias si la pierdo en defensa de la justicia!» No había recibido, sin embargo, más que una fuerte contusion, pues la bala, aunque lanzada casi á quemarropa, no penetró en el cuerpo, y cuando le desnudaron no le hallaron sino una leve hinchazon, que más bien que una herida, era una muestra del riesgo que había corrido.

Toda la población acudió en tropel al palacio del prelado para manifestarle su profunda simpatía, y á la iglesia

para dar gracias á Dios por haber librado á tan digno ministro. El gobernador de Milan le ofreció una guardia, pero Cárlos respondió: «No, las oraciones que por mí se rezan me protegen mas que un regimiento entero.»

Farina expió su atentado, no obstante las ardientes instancias del prelado para que se le concediese gracia.

No fué esta la única vez que se conspiró contra la vida de Cárlos. Un pariente suyo fué á verle un dia y le enseñó cartas de un obispo de una diócesis vecina, en las que este prelado le avisaba que se habia urdido una trama contra la vida del cardenal; al oír esto, toma Cárlos los papeles con no fingida indiferencia, y los arroja al fuego sin leerlos, diciendo en seguida á su pariente: «Os agradezco el aviso, pero no quiero saber los nombres de los que contra mí abrigan dañadas intenciones: dentro de un momento voy á ofrecer el santo sacrificio, y no quiero que durante él vengan á turbarme pensamientos de odio.»

Cuando iba á Roma á la eleccion de papa, no cesaba de repetir á sus colegas que los príncipes de la Iglesia debian distinguirse no ménos por sus virtudes que por sus dignidades, y les decia: «Cada vez que contemplo este vestido encarnado, su color me recuerda que debo estar siempre preparado para derramar mi sangre por la gloria de Dios y en provecho de mis hermanos.»

La terrible epidemia que alligó á la ciudad de Milan presentó á Cárlos vastísimo campo para ejercer su heroica caridad.

Hallándose ausente cuando el mal apareció, regresó sin tardanza á la poblacion, de donde habian huido los ricos, los nobles y los magistrados. En balde algunas personas quisieron disuadirle: «No, les respondió, el buen pastor da la vida por sus ovejas.»

El azote era tan terrible, era tan grande el terror, que nadie tenia valor para asistir á los enfermos, y la emigracion iba creciendo por momentos. Logró Cárlos serenar algun tanto los ánimos, contener la fuga de los habitantes y avivar el celo de los que podian socorrer á los enfermos;



Peste de Milan.

dictó reglamentos, adoptó acertadas medidas de policía y ejerció él solo la autoridad en una ciudad que los magistrados civiles y hasta los jefes militares habian abandonado.

Llegó el invierno y acrecentó los horrores de la situación; era excesivo el frio y considerable el número de pobres que carecian de pan, de lumbre y de abrigo. La muchedumbre se agolpó llorando al palacio arzobispal, é invocó á Cárlos como su único amparo en aquella angustiosa situación. Semejante espectáculo conmovió profundamente el corazón de Cárlos. Pero, ¿qué podia hacer el buen prelado? Habia vendido ya sus muebles, su vajilla y repartido el producto entre los menesterosos. Repasó de nuevo lo que le quedaba en palacio, quitó todas las colgaduras, alfombras, tapetes, sábanas, mantas, todo cuanto halló; distribuyó lo que podia servir para hacer vestidos, y llegó hasta dar los suyos propios, no conservando sino el que llevaba puesto.

Durante los quince meses que duró esta epidemia, de la cual murieron 18,000 personas en Milan y 8,000 en el resto de la diócesis, no se entibió ni por un momento el celo de Cárlos, quien permanecía dia y noche en medio de los pacientes. Serian menester muchos volúmenes para referir minuciosamente todos los actos de su inagotable caridad, sin que sea dable decir si debe admirarse mas la perseverancia en sus sacrificios ó esa multitud de trabajos que apenas es creible que un solo hombre haya podido llevar á cima.

No contento con prodigar su vida en provecho de sus conciudadanos, procuraba alentarlos, implorando la misericordia celestial, con actos de piedad y penitencia. Yendo en una procesion pisó un grueso y agudo clavo que le traspasó el pulgar y le hizo saltar la uña, porque no miraba donde ponía los piés. Este doloroso accidente no le impidió continuar su camino, y á pesar de las prescripciones de los médicos no quiso guardar cama ni un solo dia. Tanto era el afán que sentia de acudir á donde le llamaba su obligación.

Cesó por fin la plaga, y Cárlos comenzó de nuevo sus visitas pastorales, en una de las cuales cayó enfermo y fué preciso volver á llevarle á Milan. Inútilmente le rogaron que se cuidase, pues la única comodidad en que consintió para modificar su género de vida, fué la de poner un poco de paja en el tablado que le servía de cama.

Al sentir que se acercaba su fin, no pensó ya mas que en prepararse á morir como cristiano; recibió los últimos sacramentos con la mayor serenidad, y el 3 de noviembre entregó su alma á Dios pronunciando estas palabras: *Ecce venio*¹.

El pueblo, á quien tanto bien habia hecho, vió una calamidad pública en su muerte, y veinte años despues el sumo pontífice le colocó en el número de los escogidos de Dios que invoca la Iglesia.

La gratitud pública erigió á san Cárlos Borromeo una estátua en la villa de Arona, su cuna, situada en las márgenes del lago Mayor. Desde allí se extiende la vista sobre el hermoso lago y las deliciosas islas llamadas Borromeas, que pertenecen aun á su familia, cuales son: la *isola Madre*, formada de siete terraplenes, en el último de los cuales se alza un castillo, y que se elevan unos encima de otros, vestidos todos de aloes y naranjos; y la *isola Bella*, que presenta una vista mágica con sus diez terraplenes que forman escalones y le dan la forma de una pirámide entapizada de jardines, embalsamada por los perfumes del azahar, del jazmin y de otras flores tan raras como hermosas.

La estátua colosal del santo, colocada á la orilla del lago sobre una colina, parece sonreír ante ese hechicero aspecto de la naturaleza: tiene veintidos metros de alto, y el pedestal quince; los piés, las manos y la cabeza son de bronce; el resto se compone de láminas de cobre muy espesas; lo interior es una masa de piedra destinada á darle solidez. Una escalera labrada por entre el ropaje permite subir hasta la cabeza del coloso, la que, agujereada en varias

1. Héme aquí que vengo.

partes, facilita á algunos curiosos el ridículo entretenimiento de oír por los oídos de la estátua, respirar por sus narices y ver por sus ojos.

La actitud del santo es á un mismo tiempo noble y sencilla. De pié, descubierta la cabeza, vestido de cardenal, tiene un libro abierto en la mano izquierda, y la derecha, tendida hácia el lago, parece que está echando la bendición á aquella tierra, donde no se borrará jamas el recuerdo de sus virtudes.

El Cura de Aldea.

Hay en cada aldea un hombre que sin familia propia pertenece á la familia de todos, á quien se llama como testigo, consejero y agente en los actos mas solemnes de la vida civil; que recibe al hombre al salir del seno de su



madre y no le abandona mas que en el sepulcro; que bendice su cuna, el tálamo nupcial, su lecho de muerte y su tumba; un hombre á quien los niños se acostumbran á amar, á venerar y á temer, á quien los desconocidos mismos llaman *padre* y á cuyos piés van los cristianos á depositar sus mas íntimos secretos; un hombre que es el consuelo y alivio de todas las miserias, así del alma como del cuerpo.

el mediador nato entre la riqueza y la indigencia; á cuya puerta van á llamar el rico y el pobre alternativamente; aquel para depositar en sus manos una limosna secreta, éste para recibirla sin avergonzarse; un hombre, en fin, que todo lo sabe, que tiene derecho de decirlo todo y cuya palabra cae desde lo alto sobre las inteligencias y los corazones con la autoridad de una mision divina. Ese hombre es el cura.

Admirable es la mision del cura como moralista. El cristianismo es una filosofia divina escrita de dos modos: como historia, en la vida y muerte de Cristo; y como precepto en la sublime doctrina que ha traído al mundo. El precepto y el ejemplo son dos palabras que se hallan unidas en el Nuevo Testamento ó Evangelio que el cura debe tener siempre en la mano, ante los ojos, grabado en el corazon. Un buen sacerdote es un comentario vivo de ese divino libro. No hay verdad moral ni política que no se encuentre en gérmen en un versículo del Evangelio.

La enseñanza del sacerdote debe ser como la de Cristo, en acciones y palabras; su vida ha de ser, en cuanto la humana flaqueza lo permite, la explicacion sensible de su doctrina, es decir, una palabra viva. La Iglesia le ha puesto allí mas bien como ejemplo que como oráculo, pues no hay lengua humana tan elocuente ni persuasiva como la virtud.

El cura es tambien administrador espiritual de los sacramentos de su iglesia y de los beneficios de la caridad; está en posicion de conocer las culpas, el arrepentimiento, las miserias, las necesidades, las angustias de la humanidad; su corazon debe rebosar de tolerancia, misericordia, mansedumbre, compuncion, caridad y perdon; su puerta ha de estar abierta á toda hora para el que vaya á despertarle, su lámpara siempre encendida; para él no debe haber estaciones, ni distancia, ni contagio, ni sol, ni nieve, si se trata de ir á absolver y bendecir al pecador moribundo. Porque no debe haber ante él, como no hay ante Dios, ricos ni pobres, pequeños ni grandes, sino hombres, esto es, hermanos en miserias y en esperanzas.

Como hombre, el cura tiene que cumplir asimismo algunos deberes puramente humanos é indispensables para mantener la buena reputacion de su ministerio. Retirado á su humilde habitacion, á la sombra de su iglesia, rara vez debe salir de ella. No le está vedado tener una viña, un jardin, una huerta, ó un pedazo de tierra, cultivarle con sus propias manos y crear animales domésticos para su recreo ó utilidad, como una vaca, por ejemplo, una cabra, unas aves, algun pajarillo, y sobre todo el perro, ese amigo del hogar doméstico, que no abandona nunca á los que el mundo olvida y que necesitan que álguien los ame. El buen párroco debe alejarse poco de este asilo del trabajo, del recogimiento y de la paz para mezclarse en las turbulentas reuniones del vengendario; solo en algunas solemnes ocasiones le es dado enlambiar la copa que le ofrezca la suntuosa hospitalidad de los afortunados del siglo. El resto de su vida ha de pasarlo en el altar, en medio de los niños, á quienes enseña á balbucear el catecismo, ese código vulgar de la mas elevada filosofía; ó bien entregado á serios estudios, rodeado de libros, que son la sociedad muerta del solitario. Por la tarde, cuando toma el sacristan las llaves de la iglesia, cuando se ha oido el toque de oracion en la aldea, puede verse en ocasiones al buen párroco al pié de los manzanos de su vergel ó por las sendas elevadas de la montaña, respirando con el breviario en la mano el aire suave de los campos, ora parándose para leer un verso de las poesías sagradas, ora mirando al cielo ó al horizonte del valle, y volver luego á bajar con paso lento, sumido en la santa y dulce contemplacion de la naturaleza y de su autor.

Hé ahí su vida y sus placeres; sus cabellos encanecen, eleva el cáliz con manos trémulas, su voz debilitada no colma ya el santuario con sus acentos, pero resuena aun en el corazon de su rebaño. Muere, y una losa sin nombre indica el puesto que ocupa en el cementerio junto á la puerta de su iglesia. ¡Hé ahí una vida que se extinguió! ¡Hé ahí un hombre olvidado para siempre! Empero, ese

hombre ha ido á descansar á la eternidad, donde su alma ya se habia anticipado á habitar, y ha hecho en la tierra lo mejor que podia hacer; pues continuó un dogma inmortal, sirvió de eslabon á un inmensa cadena de fe y de virtud y legó á las generaciones futuras una creencia, una ley, un Dios. (LAMARTINE.)

Balmaseda.

Entre los bienhechores de la humanidad ocupa un lugar muy distinguido el presbítero D. Francisco Balmaseda. Nació este santo varon en Santiago de Chile el día 2 de octubre de 1772.

Despues de haber aprendido las primeras letras, hizo sus estudios superiores en el colegio de San Carlos, donde su aplicacion, juicio i talento, le merecieron una corona literaria con que él no quiso adornar sus sienas.

Jóven ya, resolvió entrar de lego en el convento de San Francisco, para que su madre distribuyese su patrimonio en obras de beneficencia, y fué necesario valerse de su confesor á fin de apartarle de este propósito. Dominado siempre por el pensamiento de consagrarse al bien de la humanidad aflijida, abrazó mas tarde el estado eclesiástico y fué iniciado en el presbiterado por el Ilmo. Sr. Maran.

El hospital de mujeres de San Francisco de Borja le mereció los mas solícitos cuidados: cedió á él todas sus riquezas, é hizo de capellan del mismo establecimiento. Por su mano servia el caldo á las enfermas, permaneciendo entretanto de pié con los brazos cruzados delante de sus camas.

Habiendo entregado un dia al tesorero del hospital unos muebles que le quedaban y hasta las cucharas de su mesa, para que remediase cierta necesidad, aquel caballero, lleno de admiracion, le dijo: « Pero, señor don Francisco, esto es demasiado; » á lo cual contestó él con esta original pregunta: « Señor tesorero, ¿cuando tomó V. una esposa, le reservó algo de lo que poseia? Pues asimismo, yo tambien,

me he desposado espiritualmente con estas pobrecitas; déjeme V. darles cuanto tengo.»

En el desempeño de sus funciones sacerdotales era Balmaseda sumamente puntual y severo. Todos los días se levantaba al amanecer, rezaba sus oraciones y se dirigía á la catedral para decir misa; despues que la celebraba se iba á la sacristía y permanecía allí horas enteras confesando á los pobres y á los niños.

Cerca de catorce años vivió sin mas alimento que un poco de legumbres cocidas con agua y sal. Este santo sacerdote, muy semejante en su ardiente caridad á san Vicente de Paul, murió el 2 de noviembre de 1842 á la edad de setenta años.

El negro piadoso.

[Fin del siglo xviii y principios del xix.]

El ejemplo de un pobre negro, nacido en la esclavitud, va á demostrarnos cómo el deseo de agradar á Dios y de obedecer á las santas leyes del cristianismo puede hacer que la vida mas humilde y oscura, sea fecunda en buenas obras.

Nació el negro Eustaquio en 1763, en la isla de Santo Domingo, en una de las haciendas del señor Belin, y se hizo notar desde muy niño por su amor á la religion y por la práctica de todas las virtudes que ella inspira. En breve se grangeó el aprecio de sus superiores y la consideracion de sus compañeros, hasta el punto que cuando estallaron los primeros movimientos de la colonia⁴ tuvo Eustaquio bastante influjo para salvar á su amo y á muchos propietarios que estaban expuestos al degüello general.

Cuando los negros resolvieron la ruina de los blancos, jurando matarlos á todos, fueron á buscar á Eustaquio y le descubrieron el secreto de la conspiracion creyendo que hablaban con un cómplice. Mas Eustaquio era ante todo

4. Los negros y los mulatos de Santo-Domingo se rebelaron contra las franceses en 1792, y Francia perdió entónces esta rica colonia

hombre de bien que no podia concebir la idea del asesinato con la de la libertad; y así al encontrarse entre sus compañeros armados de teas incendiarias y puñales y ver inminente el asesinato de los colonos, no titubeó un instante. Ni el encono de los negros contra los blancos, ni la comunidad de intereses, ni los lazos de la amistad le arredraron en su resolucion. Acudió donde le llamaban sus sentimientos religiosos, donde habia deberes que llenar, y nunca donde se ensañaba la venganza. Con su activa abnegacion salvó muchísimas víctimas de la suerte que las aguardaba; amparó sobre todo á su buen amo escudándole á cada instante, en cambio de la proteccion que le habia dispensado durante mas de veinte años: ayúdole en medio de inauditos peligros á guarecerse en un buque americano, adonde hizo llevar al mismo tiempo una considerable cantidad de azúcar para preservar al señor Belin de la miseria, y embarcóse con él sin mas pretension que la de servirle modestamente como hasta entónces. Tuvo, en fin, la indecible felicidad de poner fuera de peligro á mas de cuatrocientos colonos.

Pero, ¡qué desesperacion! El buque americano se ve atacado y apresado por un corsario inglés. ¡Dios mio! ¿El señor Belin y sus amigos no se han salvado de la muerte sino para verse reducidos á la esclavitud? No; Eustaquio va á librarles de ella como les libró de la muerte. Miéntras que los vencedores se entregan, sin recelo, al placer de un bullicioso banquete, el astuto Eustaquio les divierte con sus juegos, y aprovechando la seguridad en que se creen, escoge un momento favorable, se arroja sobre ellos y ayudado por los demas cautivos, prevenidos de antemano, les carga de cadenas y todos hacen rumbo para Baltimore, adonde llegan con toda felicidad. Así salvó Eustaquio dos veces á su amo.

Este hombre, nacido entre esclavos y digno de figurar en la primera línea de los ciudadanos libres, no se limitó á dar pruebas de su valor en los momentos del peligro, pues halló aun medios de ejercer su virtud, siempre activa, en

tiempos bonancibles, adoptando todas las formas posibles para satisfacer la infatigable necesidad de heroísmo que devora el corazón de este noble hijo de la América francesa. Así, no contento con haber salvado á sus protegidos, trata de mantenerlos y consagra su tiempo, sus afanes y el producto de su trabajo á auxiliarlos. Por donde quiera que pasa les reparte socorros, consuelos y todo cuanto su bondad puede dar de sí. Hay gente que no vive mas que para soñar males, pero él no existe sino para meditar el bien.

Cuando se creyó que se iba restableciendo el orden en la colonia, se apresuraron á regresar allá el señor Belin, Eustaquio y demas desterrados; pero no bien hubieron desembarcado, cuando supieron la funesta noticia de que 20,000 insurgentes habian establecido su campo en las alturas cercanas á la ciudad. Esta ciudad era el Fuerte-Delfin, ocupado entónces por los españoles, á quienes el señor Belin y sus compañeros pidieron, en vano, armas para defenderse y que por no habérselas dado fueron degollados por los negros que habian salido en tumulto de sus trincheras. El señor Belin trata de huir, pero perseguido de cerca por una cuadrilla de enemigos, hasta la orilla del mar, iba á precipitarse en él, cuando descubre un cuerpo de guardia español, á cuyo comandante se dirige gritando: « ¡Salvadme! » Acuden algunos soldados, le arrancan de entre los asesinos, le meten en el cuerpo de guardia y le visten con uno de sus uniformes: á la vista de este traje se detienen los negros, huyen, y el señor Belin se salva por segunda vez de una muerte casi segura.

¿Qué hacia entretanto su amigo? Separado de él por la muchedumbre, y despues de haberle buscado largo tiempo, el pobre Eustaquio se encomienda á Dios y se esfuerza por salvar á lo ménos del pillaje los restos de la fortuna de su amo. Hábil en sus proyectos, se dirige á la misma mujer del caudillo de los negros para preservar lo que pertenecia al señor Belin; va á la tienda de campaña, donde esa mujer yacia enferma en su lecho, la cuenta lo que acaba de suceder, la interesa en su suerte y la suplica que le ayude á

sustraer á la rapiña de los vencedores, unos baules llenos de objetos preciosos que eran propiedad del señor Belin. Accedió la negra á ello y Eustaquio escondió entónces debajo de su cama, la última riqueza de su amo; corre luego al teatro de la carnicería y busca entre los cadáveres el del señor Belin, que afortunadamente no halla; se informa de la suerte de éste y le dicen que ha logrado escaparse. Vuelve á la tienda á buscar su depósito, carga con él y á fuerza de precauciones y de astucia, logra embarcarse por segunda vez en un buque que va al muelle de San Nicolas, donde se ha refugiado el señor Belin. Llega allá en efecto Eustaquio precedido por la fama de su buena accion, y es recibido como el héroe de las colonias.

Desde entónces se hallaron ya fuera de peligro. A los rasgos de un sublime heroísmo, iban á suceder las pruebas del cariño mas ingenioso. Vivian ámbos en un tranquilo retiro, pero el señor Belin, que era ya viejo, se quejaba de la debilidad de su vista que no le permitia leer. Eustaquio se desconsolaba de no poder hacer mas llevaderas las horas del anciano con la lectura de los diarios. ¡Qué pesar para él y para su amo! Este se reconviene á sí mismo por no haberle dado, en la infancia, los primeros elementos de instruccion; pero este pesar no durará mucho, y Eustaquio alcanza al don que deseaba. Busca un maestro, y gracias al supremo esfuerzo de su firme voluntad, mas bien que á las lecciones que recibe, Eustaquio se presenta un dia al anciano medio-ciego, con un libro en la mano, y le prueba con el mas tierno ejemplo, que si nada parece fácil á la ignorancia, tampoco hay nada imposible para la abnegacion.

Poco despues perdió Eustaquio aquel á quien habia consagrado su vida, y recibió en su nombre considerables legados, entre otros uno de doce mil francos. Pero la mano que recibia estos tesoros era muy generosa para que los guardase. Eustaquio los consideraba como un depósito que le confiaba la Providencia para aliviar á los desgraciados; así es que pronto se agotaron estas riquezas,

porque los de las colonias eran infinitos y no habia mas que un Eustaquio.

Desataba cada dia los cordones de esa bolsa que provenia de la liberalidad de su amo, prodigando á cuantos imploraban su generosidad, ropa blanca, vestidos, muebles y víveres. Si habia soldados cuyas pagas estaban atrasadas, Eustaquio satisfacía la deuda del gobierno; si una familia carecía de pan, Eustaquio estaba allí para remediar sus necesidades. En fin, Eustaquio dió todo cuanto tenia y solo le queda hoy dia el recuerdo de sus buenas obras. Esto le basta; nadie le oirá quejarse, ántes bien, dará gracias al cielo, porque si bien no posee ya nada, los demas á lo ménos tienen algo.

Hace ya algunos años que Eustaquio vive en Paris, donde ejerce el oficio de cocinero y repostero. Con su modesto salario halla todavía ocasion de ser allí generoso y hasta pródigo, pasando su vida en hacer lo que ha hecho siempre, esto es, dichosos. No hay dia perdido para esta existencia consagrada al bien, pues á cada instante se descubren nuevas pruebas de su inagotable generosidad, cuyo ejercicio le es tan grato. Ora costea los gastos de nodriza de niños pobres, ó envia á otros á la escuela; ora compra herramientas para operarios necesitados que no pueden proporcionarse estos instrumentos indispensables del trabajo. Varios parientes de su amo obtienen de él sumas de alguna importancia, que no le devolverán jamas y que él por su parte no reclamará nunca.

Tal es Eustaquio, hombre que honra á la humanidad, y que rechaza cualquier elogio que se le haga, contestando con su acostumbrada sencillez: «Yo no hago esto por los hombres, sino por el Maestro que está allá arriba.»

§ II. CULTO INTERNO Y EXTERNO.

No basta conocer á Dios; es menester que probemos que le conocemos, con demostraciones sensibles, y hagamos de modo que nin-

guno de nuestros hermanos tenga la desgracia de ignorar su existencia: estas demostraciones sensibles del culto, es lo que se llama « las ceremonias de la religion. »

El género humano no puede reconocer y amar á su criador sin demostrar que le ama, sin querer hacerle amar, sin manifestar este amor con una magnificencia digna de aquel que ama y venera, sin excitar al amor por signos del amor mismo. (FENELON.)

La divinidad, que no tiene ninguna necesidad de nuestros homenajes, nos manda, sin embargo, que la honremos, porque no podemos acercarnos á ella con el pensamiento, sin volvernos mas puros. (C.)

La oracion es la respiracion del alma, y quien no reza no respira. (JOSÉ DE MAISTRE.)

El que teme y ama á Dios, practica la religion, y quien practica la religion honra á sus ministros. (B.)

La oracion.

Preguntaba un hombre á San Macario cómo debia rezar: « Hermano, le respondió el santo, no hay necesidad de emplear muchas palabras; basta levantar las manos al cielo y decir: « ¡Oh Dios mio! hágase tu voluntad! » Cuando os veáis atormentados por alguna violenta tentacion, exclamad desde lo íntimo de vuestro corazon: « ¡Padre mio, socorredme! » pues Dios sabe lo que necesitais. »

Ya que tan fácil es el rezar, ¿ cómo es que hay tantos hombres que descuidan una práctica tan saludable y tan santa?

Recordaremos con este motivo las inocentes palabras de un niño discípulo de una escuela de primeras letras.

Este niño, que tenia un padre que nunca se habia ocupado de prácticas religiosas, le dijo una vez: « Padre, ¿ por qué no reza usted nunca por mí, como los padres de mis compañeros rezan por sus hijos! Esto seria un bien para mí. »

— ¡ Hijo! contestó el padre, nada tiene de extraño que no rece por tí, porque no he rezado nunca por mí mismo.

— Pues bien, padre, yo rezaré por usted y por mí, y mis oraciones serán un bien para ámbos. »

Conmovido el padre por las palabras de su hijo, hizo oracion con él, y desde entónces reinaron en su casa la paz y la felicidad.

En la oracion es donde principalmente se hallan fuerzas contra los malos pensamientos, y con ella se triunfa de las malas costumbres.

Gracias á tan saludable socorro, pudo sustraerse al vicio, hace algunos años, un vecino de una ciudad de Francia.

Este hombre, entregado al vicio degradante de la embriaguez, hacia mas de cuarenta años que deploraba esta desgracia. Todas las mañanas se indignaba de su debilidad, y juraba á su mujer y á sus hijos que observaria en adelante las leyes de la templanza; pero por la noche regresaba siempre con paso vacilante á su casa, donde reinaba en otro tiempo la abundancia, y no habia entónces mas que miseria á causa del desgraciado vicio de la bebida.

Un dia fué á visitarle el venerable cura de su pueblo, movido por su celo caritativo: « ¡Hijo! le dice, miéntas permanecéis así cautivo bajo el yugo de un vicio inveterado, olvidais que se acerca la muerte, y que despues de ella viene el juicio final.

— No, padre, no lo olvido, pero soy un miserable arrastrado por la fatalidad. Cada dia lucho, quiero y espero vencer, y acabo por ser vencido. Esta inveterada costumbre es superior á mis fuerzas... ¡ Ah! bien veo que solo la muerte podrá curarme de ella... »

Y miéntas hablaba así, se tapaba este desgraciado la cara con las manos para ocultar las lágrimas.

El venerable ministro de la religion, vivamente conmovido, le respondia con dulzura:

— « ¡ Luchais y padeceis!... Está bien: esas luchas en que sois vencido, prueban que sois capaz de una buena resolucion, y que teneis aun energía. Pero, ¿ no habeis acaso participado de un error que es muy comun? ¿ No habeis creído que el hombre puede librarse del mal con sola su fuerza y sin auxilio de Dios, es decir, salvarse sin el Salvador? »

El anciano se quedó cortado, mirando al venerable sacerdote, y como preguntándole qué queria decir.

— « Voy á explicároslo, dijo el santo varon con suma dulzura y comprendiendo su mirada. ¿ Habeis recurrido al Espíritu Santo, único que puede infundir fuerza é inteligencia? ¿ Oráis alguna vez? »

— ¡ Ay! contestó el anciano, no me atrevo á rezar; conozco que soy indigno de la oracion. En vano he intentado rezar: despues de haber balbuceado entre dientes algunas palabras, me paraba; la vergüenza ahogaba las palabras en mi boca y me figuraba oír una voz misteriosa que decia: « ¡ Calla, miserable! ¿ Mereces acaso que Dios te oiga? »

— Comprendo que estais envuelto en un círculo de que no podeis salir. No oráis, porque os sentís vicioso; y no podeis libraros de vuestro vicio porque no rezais. Ya es tiempo de acabar. El jardín del presbiterio necesita algunas jornadas de trabajo; tomad vuestra azada y seguidme. Desde hoy empezareis á trabajar, comereis en el presbiterio, y al terminar vuestro jornal, vendreis á la iglesia á rezar las oraciones conmigo y con vuestra familia. Rezareis y nosotros rogaremos por vos, y cuando hayais contraído la costumbre de orar, hallareis en este piadoso ejercicio el valor y fuerza que necesitais. »

El anciano, abriendo su alma á la esperanza, se fué al presbiterio con el digno sacerdote. Llegó la noche, oró y halló en este ejercicio una infinita dulzura: le parecia que su alma, elevándose al cielo en alas de la oracion, se desprendia insensiblemente de los horribles lazos del vicio. Desde aquel dia no dejó ya salir la aurora ni ponerse el sol, sin invocar, por medio de una ferviente oracion, á Aquel que es la fuente de todos los buenos pensamientos. Era ya otro hombre, y aunque volvió á caer en la tentacion una que otra vez, se afianzaron insensiblemente sus pasos en la senda del bien; recobró la tranquilidad de conciencia, la paz doméstica y la consideracion pública. Este hombre, convertido en un ejemplo de buena conducta,

y su familia, ántes tan desgraciada y ahora tan feliz, no dejan pasar un solo dia sin dar gracias á Dios y sin bendecir á su dignísimo ministro.

Confianza en la divina Providencia.

La divina Providencia arregla y vigila la vida humana. Un autor contemporáneo nos lo da á comprender con la siguiente alegoría:

« Un hombre se extravía durante la noche. Al resplandor de un cielo estrellado, vislumbra un palacio, entra en él y se halla rodeado de numerosos criados que le salen presurosos al encuentro, y cada cual le dice en su lenguaje, que todos tienen orden de proveer á sus necesidades: algunos, sin embargo, callan, sin dejar por eso de cumplir con su obligacion. Reina mucho movimiento en torno suyo; se alumbran resplandecientes arañas, se calientan las habitaciones, le dan vestidos forrados en invierno, y refrescos y frutas en verano. Sus mas mínimos deseos se convierten en ocasiones para colmarle de beneficios. Un magnífico reloj, visible en todos los aposentos, da las horas y la señal de los quehaceres, que no son mas que la continuacion de los placeres.

En cuanto siente el viajero la dulce invasion del sueño, una espesa cortina se corre ante sus ojos, y se manda guardar el mas profundo silencio alrededor de su lecho. Al despertarse se reproducen con ahinco las atenciones con que se le obsequia, pero el dueño del palacio no se presenta. El viajero se aleja y tiene que proseguir su camino sin haberle visto personalmente; pero asombrado por el orden, el acuerdo, la dignidad, prontitud y exactitud del servicio, lleva consigo la idea de la presencia del amo. Se guardará bien de decir, en su vida, que ha residido en un castillo abandonado, donde la llegada de un huésped hubiera sido un accidente imprevisto y en donde nada estaba preparado para recibirle; se guardará mas todavía de suponer que el dueño del castillo es un ente maléfico, por el

hecho de haberse presentado en él otros viajeros que, en vez de disfrutar pacíficamente de las dulzuras de aquel asilo, han armado una contienda entre sí.

No le sorprenderá que de esta falta de concordia hayan resultado varios accidentes, tales como el hambre y la angustia de cierto número de comensales que, por la avaricia y el egoísmo de unos pocos, se han visto en parte privados de los beneficios de la hospitalidad ofrecida á todos; pues ha notado que las alacenas, los lechos de descanso y los guarda-ropas estaban copiosamente provistos para satisfacer todas las necesidades.

Sin embargo, el momentáneo desorden que ha presenciado, excita las reflexiones del viajero. Extraña que el príncipe hospitalario que ha albergado á tantos desconocidos, á quienes nada debia, no haya intervenido en sus contiendas, para impedir los despojos y violencias. A sus ojos, estos abusos de la fuerza lastiman así las leyes de la justicia como la dignidad del amo del palacio; y naturalmente, se presentan á su imaginacion algunos honrados compañeros de viaje, dignos del mayor interes por su carácter bondadoso y que, aunque con derecho á mejor suerte, han sido indignamente despojados y ultrajados.

El viajero prosigue su camino en medio de los tristes pensamientos que estos recuerdos despiertan. De repente ve á un anciano que le saluda, y acercándose á él, le dice: « ¿Creeis que todo eso que habeis visto va á quedar así? El príncipe lo ha oido y presenciado todo, y cada cual será tratado como merezcan sus obras. ¿No sabeis que en virtud de un poder cuyo origen se pierde en las edades mas remotas, obliga á los viajeros que atraviesan el bosque á permanecer mas ó ménos tiempo en el castillo, para poder adquirir de este modo un conocimiento perfecto de sus buenas cualidades? Indulgente con las faltas, pero severo con respecto á toda costumbre culpable, va á esperarles á una quinta vecina de la que acabamos de salir, donde el mismo poder les obligará á entrar. Allí es donde se reserva la facultad de premiar ó castigar; allí es donde todos tri-

butarán un homenaje forzoso á las santas leyes de la justicia.»

Estas palabras fueron un rayo de luz para la razon del viajero. Todo se explica, todo se revela á sus ojos. Bendice la sabiduría del soberano de quien ha recibido los beneficios de la hospitalidad, é igualmente consolado de lo pasado que tranquilizado acerca del porvenir, se adelanta hácia el término de su viaje. Ya vislumbra sin temor el peristilo del segundo palacio, cuya arquitectura, de un estilo algo austero, se contornea en una lontananza vaporosa. Colocada bajo la mano de un amo que le debe proteccion y justicia, se dormirá con confianza en todas partes. Le han visto y esto basta.

(KERATRY.)

Respeto á la religion y á sus ministros.

Rodolfo de Habsburgo, el mismo que fué despues emperador, iba un dia de caza por la selva, montado en un soberbio alazan, seguido de su escudero, que llevaba sus azagayas. Al llegar á una pradera, oye el toque de una campanilla, vuelve la cabeza y ve á un anciano sacerdote que, precedido de otro clérigo, llevaba en sus manos la hostia consagrada. Rodolfo se descubre con el mayor respeto.

Por la pradera corria un torrente que, aumentado por las lluvias, detenía los pasos de los viajeros. El sacerdote se descalza al punto para atravesar el agua helada del torrente: «¿Qué vais á hacer?» grita Rodolfo dirigiéndose á él.

— Voy corriendo á ver á un moribundo que aguarda llorando este pasto celestial; el puente por donde se pasaba este rio ha sido arrebatado por la corriente, mas no por eso se ha de privar á un moribundo de la salvacion de su alma; voy á pasar el rio descalzo.»

Rodolfo no quiere ni puede consentir que aquel venerable anciano se esponga de este modo, y apeándose de su

caballo, pone la brida en manos del sacerdote. El santo varon pudo cumplir así con un deber sagrado, y llevar al desconsolado moribundo el pasto espiritual que tanto ansiaba.

El futuro emperador de Alemania regresó á su palacio muy satisfecho de haber renunciado al placer de la caza por un acto tan piadoso como humanitario.

§ III. MUERTE CRISTIANA.

Trata de vivir de tal modo, que si te sorprende la muerte, te halle siempre prevenido. (*Imitacion de J. C.*)

El que desempeña bien sus obligaciones, se prepara cada dia á la muerte y puede verla sin terror.

La hora llega, y el tiempo ha cesado para el justo que va á pedir á Dios su galardón. Es un hijo que estaba viajando y que regresa al lado de su padre. (*Curso de moral.*)

Nada turba sus últimos momentos; es como la tarde de un hermoso dia. (*LA FONTAINE.*)

El homicidio de sí mismo, que se llama suicidio, es un crimen tanto mayor, cuanto implica la impenitencia final. (*Teología cristiana.*)

Un soldado no puede, sin cubrirse de vergüenza y sin cometer un crimen, abandonar el puesto donde le han colocado sus jefes. ¿Crées tú, por ventura, que tienes derecho para abandonar, sin orden de Dios, el puesto de la vida que Dios te ha confiado? (*Moralistas antiguos.*)

Cuadro de la muerte del justo.

Venid á ver el espectáculo mas hermoso que pueda presentar la tierra; venid á ver morir al fiel. Un sacerdote le consuela, sentado á la cabecera de su cama; este santo varon habla con el moribundo sobre la inmortalidad del alma, y la escena sublime que toda la antigüedad no presencié mas que una sola vez, en el primero de sus filósofos moribundos¹, se renueva ahora cada dia en el humilde lecho del último de los cristianos que expira.

Llega el momento supremo. Un sacramento ha abierto

1. Alusion á la muerte de Sócrates, célebre filósofo ateniense.

butarán un homenaje forzoso á las santas leyes de la justicia.»

Estas palabras fueron un rayo de luz para la razon del viajero. Todo se explica, todo se revela á sus ojos. Bendice la sabiduría del soberano de quien ha recibido los beneficios de la hospitalidad, é igualmente consolado de lo pasado que tranquilizado acerca del porvenir, se adelanta hácia el término de su viaje. Ya vislumbra sin temor el peristilo del segundo palacie, cuya arquitectura, de un estilo algo austero, se contornea en una lontananza vaporosa. Colocada bajo la mano de un amo que le debe proteccion y justicia, se dormirá con confianza en todas partes. Le han visto y esto basta.

(KERATRY.)

Respeto á la religion y á sus ministros.

Rodolfo de Habsburgo, el mismo que fué despues emperador, iba un dia de caza por la selva, montado en un soberbio alazan, seguido de su escudero, que llevaba sus azagayas. Al llegar á una pradera, oye el toque de una campanilla, vuelve la cabeza y ve á un anciano sacerdote que, precedido de otro clérigo, llevaba en sus manos la hostia consagrada. Rodolfo se descubre con el mayor respeto.

Por la pradera corria un torrente que, aumentado por las lluvias, detenía los pasos de los viajeros. El sacerdote se descalza al punto para atravesar el agua helada del torrente: «¿Qué vais á hacer?» grita Rodolfo dirigiéndose á él.

— Voy corriendo á ver á un moribundo que aguarda llorando este pasto celestial; el puente por donde se pasaba este rio ha sido arrebatado por la corriente, mas no por eso se ha de privar á un moribundo de la salvacion de su alma; voy á pasar el rio descalzo.»

Rodolfo no quiere ni puede consentir que aquel venerable anciano se esponga de este modo, y apeándose de su

caballo, pone la brida en manos del sacerdote. El santo varon pudo cumplir así con un deber sagrado, y llevar al desconsolado moribundo el pasto espiritual que tanto ansiaba.

El futuro emperador de Alemania regresó á su palacio muy satisfecho de haber renunciado al placer de la caza por un acto tan piadoso como humanitario.

§ III. MUERTE CRISTIANA.

Trata de vivir de tal modo, que si te sorprende la muerte, te halle siempre prevenido. (*Imitacion de J. C.*)

El que desempeña bien sus obligaciones, se prepara cada dia á la muerte y puede verla sin terror.

La hora llega, y el tiempo ha cesado para el justo que va á pedir á Dios su galardón. Es un hijo que estaba viajando y que regresa al lado de su padre. (*Curso de moral.*)

Nada turba sus últimos momentos; es como la tarde de un hermoso dia. (*LA FONTAINE.*)

El homicidio de sí mismo, que se llama suicidio, es un crimen tanto mayor, cuanto implica la impenitencia final. (*Teología cristiana.*)

Un soldado no puede, sin cubrirse de vergüenza y sin cometer un crimen, abandonar el puesto donde le han colocado sus jefes. ¿Crées tú, por ventura, que tienes derecho para abandonar, sin orden de Dios, el puesto de la vida que Dios te ha confiado? (*Moralistas antiguos.*)

Cuadro de la muerte del justo.

Venid á ver el espectáculo mas hermoso que pueda presentar la tierra; venid á ver morir al fiel. Un sacerdote le consuela, sentado á la cabecera de su cama; este santo varon habla con el moribundo sobre la inmortalidad del alma, y la escena sublime que toda la antigüedad no presencié mas que una sola vez, en el primero de sus filósofos moribundos¹, se renueva ahora cada dia en el humilde lecho del último de los cristianos que expira.

Llega el momento supremo. Un sacramento ha abierto

1. Alusion á la muerte de Sócrates, célebre filósofo ateniense.

á este justo las puertas del mundo, y un sacramento va á cerrárselas. La religion le meció en la cuna de la vida, y sus hermosos cantos y la mano maternal le adormecerán ahora en la cuna de la muerte.

Ella prepara el bautismo de este segundo nacimiento, pero no es el agua lo que escoge ahora, sino el aceite, emblema de la incorruptibilidad celeste. El sacramento libertador rompe casi todos los lazos del fiel; su alma, medio desprendida del cuerpo, se muestra casi visiblemente en su semblante. Ya oye los conciertos de los serafines, ya está próximo á dirigir su vuelo hácia las regiones donde le llama esa esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. Sin embargo, el ángel de paz, descendiendo sobre este justo, toca con su cetro de oro sus amortiguados ojos y los cierra deliciosamente á la luz. Muere, y no se ha oído su último suspiro; muere, y mucho tiempo despues que ya no existe, sus amigos yacen silenciosos alrededor de su cama, pues creen que está durmiendo aún. ¡Tal es la dulzura con que ha pasado á mejor vida este cristiano! (CHATEAUBRIAND.)

Los mártires del Cristianismo.

La piedad de los primeros cristianos era tan pura y tan ferviente, que nunca nos cansamos de admirarla. Gracias al influjo de sus ejemplos y tambien al de su doctrina, las tinieblas de la idolatría se disiparon en ménos de tres siglos, y el culto del verdadero Dios se restableció en todo el universo.

Suscitáronse numerosas persecuciones contra la Iglesia naciente, y los fieles no opusieron á la tiranía mas armas que la paciencia y la constancia; el exceso de la injusticia no les incitó jamas á la rebelion, pero tampoco pudieron entibiar su fe los suplicios mas crueles.

No puede calcularse el número de aquellos héroes que, desafiando unos tormentos, cuya sola idea hace estremecer, recibieron con santo regocijo la corona del martirio.

El primero de los mártires fué el apóstol san Estéban, á quien llevaron arrastrando hasta fuera de Jerusalem, para matarle á pedradas¹. Las únicas palabras que pronunció fueron para rogar á Dios que perdonase á sus verdugos. « ¡Dios mio! dijo, no les imputeis este pecado! »

Algunos años despues² el apóstol Santiago fué delatado como cristiano y condenado á morir bajo la cuchilla. Al ir al suplicio, lleno de valor y de esperanza, le detuvo un instante un hombre, que, echándose á sus piés y anegado en lágrimas, le suplicó que le perdonase: este hombre era su delator. El apóstol le hace levantar, le abraza y le dice: « Sí, yo te perdono, pues tu arrepentimiento borra tu culpa. ¡Bendito seas! ¡Dígnese Aquel con quien voy á reunirme en el cielo iluminarte con su luz! »

Tales eran los sentimientos de que estaban animados todos aquellos generosos defensores de la fe, que durante tres siglos sellaron con su sangre la verdad del Evangelio. ¡Amor inmenso á Dios! ¡Caridad inagotable para todos los hombres!

Entre el sinnúmero de ejemplos, á cual mas interesante, citaremos solo los de san Arcadio, santa Perpetua y santa Justina.

Durante una violenta persecucion contra los cristianos, abandonó Arcadio su casa y fué á ocultarse en una profunda soledad, donde servia á Dios en el silencio. Sus perseguidores entraron en su casa y hallaron á uno de sus amigos, que era al propio tiempo un pariente cercano suyo, á quien prendieron y sepultaron en una cárcel, declarándole que no saldria de allí hasta que descubriese el lugar donde se habia ocultado Arcadio. Sabedor éste de tal acontecimiento, salió al momento de su retiro y fué á presentarse al gobernador. « Si es por mí, le dijo, por quien teneis preso á mi pariente, vengo á entregarme para que le solteis y dispongais de mi suerte. »

El gobernador hizo poner en libertad al prisionero, y se

valió de toda clase de medios para que Arcadio se decidiese á sacrificar á los ídolos; pero habiendo rechazado él las seducciones y amenazas, sufrió por fin el martirio de la fe cristiana y de la amistad.



Martirio de santa Justina.

Santa Perpetua ha descrito, por sí misma, la persecucion que padeció hasta la víspera de su muerte. En esta relacion tan tierna como sencilla, nos refiere que recibió el bautismo á escordidas de su padre, el cual hizo los mayores esfuerzos para disuadirla de las verdades que él ignoraba. La santa tenia entónces un niño, que alimentaba con su seno, y hé aquí como nos refiere lo que pasó:

« A los pocos dias de haber recibido el bautismo, nos

pusieron en la cárcel. Asustéme, al principio, porque no habia visto nunca tantas tinieblas, y padecia aun mas por mi hijo que por mí; pero fortalecíme pronto, y la cárcel volvióse un palacio para mí, porque me consideraba feliz al padecer por la fe. Propagóse pronto la voz de que íbamos á ser juzgados: mi padre vino á verme, y con el corazón traspasado de dolor, me dijo: « ¡ Hija mia! compadécete de mis canas, ten piedad de tu pobre padre. » Me hallaba yo misma penetrada del dolor que agobiaba á mi padre, y lloraba con él, pero Dios me daba fuerza. Traté de consolarle, diciéndole: « ¡ Padre! venga lo que Dios quiera, y estad persuadido que no estamos bajo nuestro dominio, sino en poder suyo. » Quitóme entónces á mi hijo y se lo llevó. Al siguiente dia vinieron por nosotros para juzgarnos, y luego nos llevaron á la plaza pública, donde acudió en tropel la muchedumbre, por haberse divulgado por los barrios vecinos la noticia de nuestro suplicio.

« Se empezó por interrogar á otros, y declararon todos que perseveraban en la fe: llegó mi turno y se me presentó instantáneamente mi padre, llevando en brazos á mi hijó, y suplicándome que tuviese piedad de aquella inocente criatura. Esta escena me traspasó el corazón. Acercóse luego á mí el juez, y me dijo: « ¡ Respetad la vejez de vuestro padre! ¡ Compadeceos de la infancia de vuestro hijó! ¡ Haced sacrificio á los dioses! — No, respondí yo con resolucion; soy cristiana. » Mandó entónces el juez que me sacasen de allí, y queriendo oponerse mi padre, recibió un varazo, cuyo golpe me llegó al alma, cómo si lo hubiese recibido yo; lloré amargamente al ver que por mí maltrataban de este modo á mi anciano padre. Pocos momentos despues se nos dictó la sentencia que nos condenaba á ser arrojados á las fieras, y volvimos á la cárcel alabando al Señor!»

Santa Perpetua termina su narracion en los términos siguientes: « Hé ahí lo que hice hasta la víspera del espectáculo¹. Otro escribirá, si quiere, lo que sucedió despues.»

1. La ejecucion de la sentencia.

¡Qué valor brilla en esta relacion! ¡Qué angelical dulzura, y qué heroica tranquilidad!

Muerte de San Luis.

Luis IX¹ fué á sitiar á Túnez. En aquel entónces invadió el contagio á su ejército, extenuado ya por continuos combates y devorado por el sol de Africa.

Se esperaba á Carlos de Anjou, hermano del rey, con tropas y víveres, pero éste no llegaba.

El rey había visto ya expirar en sus brazos á uno de sus hijos, y él mismo, acometido del contagio, sintió desde el primer momento que el golpe era mortal. Sin embargo, procuraba disimular el mal y ocultar el dolor que le agobiaba por la pérdida de su hijo, yendo con la muerte grabada en la frente, á visitar los hospitales, á velar por la seguridad del campo, y á presentar al enemigo un semblante intrépido y sereno. Veíasele tambien á veces sentado delante de su tienda, hacer justicia á sus súbditos, como solia hacerlo bajo la encina de Vincennes².

Felipe³, primogénito y sucesor de Luis, no se separaba ni un momento de su padre, viéndole próximo á bajar al sepulcro. El rey se vió, por último, obligado á no salir de su tienda, y no pudiendo entónces ser ya útil á sus pueblos por sí mismo, procuró á lo ménos asegurarles la dicha futura, haciendo á Felipe tiernas recomendaciones que ha conservado la historia y que son los mejores consejos que puedan darse á los gobernantes de los pueblos. Escribió esta instruccion en su lecho de muerte y un antiguo autor ha visto un manuscrito que, segun las apariencias, es el original; la letra era grande, pero, alterada y anunciaba la debilidad de la mano que habia trazado la expresion de un alma tan fuerte.

1. Luis IX ó San Luis, rey de Francia, modelo de reyes y cristianos.

2. San Luis solia hacer justicia por sí mismo sentado bajo una encina en el bosque de Vincennes, cerca de

Paris.

3. Rey de Francia desde 1270 hasta 1283, bajo el nombre de Felipe el atrevido ó Felipe III.



Muerte de san Luis,

Como la enfermedad iba agravándose, Luis pidió la extrema-uncion, respondiendo á las oraciones de los agonizantes con voz tan firme como si hubiese dado órdenes en un campo de batalla. Arrodillóse á los piés de su cama para recibir el santo viático y hubo que sostenerle de los brazos, para que pudiese recibir esta última comunión. Desde aquel momento puso término á los pensamientos mundanos y se consideró como exento de toda obligacion con sus pueblos. ¿Y qué monarca desempeñó jamas sus deberes mejor que él? El lunes por la mañana, 25 de agosto, sintiendo que se acercaba su hora, mandó que le pusiesen en un lecho de cenizas, donde permaneció tendido con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos levantados al cielo.

El campo de los franceses ofrecia la imágen del mas acerbo dolor: no se oia el mas mínimo rumor y los soldados moribundos salian de los hospitales, reanimándose para poder acercarse á su rey agonizante. En fin, á las tres de la tarde, poco mas ó ménos, exhaló el rey un gran suspiro y pronunció distintamente estas palabras: « Señor, entraré en vuestra mansion y os adoraré en vuestro santo templo; » y al decir esto, elevóse en efecto su alma hácia el santo templo que era digna de habitar.

En aquel mismo instante se oyen resonar las trompetas de las tropas de Sicilia y aborda la flota llena de alegría y de inútiles socorros. Extraña Cárlos de Anjou que nadie responda á sus señales, y empieza á recelar que haya sucedido una desgracia. Desembarca y ve á los centinelas con la lanza á la funerals, patentizando ménos su dolor con esta demostracion de luto militar, que con el abatimiento pintado en su semblante. Vuela á la tienda de su hermano y halla su cadáver tendido en la ceniza. Arrójase á aquellas sagradas reliquias, las riegas con sus lágrimas, besa con respeto los piés del santo y da las señales mas vivas de ternura y de dolor. El rostro de Luis tenia aun todos los colores de la vida y hasta sus labios estaban encarnados.

Francia, que no podia consolarse de haber perdido semejante monarca en la tierra, le declaró su protector en el cielo, y colocado Luis en la categoría de los santos, ha sido desde entónces un rey eterno para la patria.

(CHATEAUBRIAND.)

Últimos momentos de un anciano.

Hé aquí como describe Bossuet los últimos momentos de un anciano piadoso.

¿Qué estoy viendo aquí? La fe sincera que por un lado no se cansa de sufrir, verdadero carácter de un cristiano, y por otro no procura mas que desembarazarse de sus tinieblas y transformarse en luz pura y en clara vision, desvaneciéndose la nube que la cubre. ¡Feliz momento aquel en que saldremos de las sombras y enigmas para ver la verdad manifiesta! Corramos con ardor, apresurémonos á purificar nuestro corazón para ver á Dios segun la promesa del Evangelio. ¡Momento feliz! No es cristiano quien no le desea. Despues que el Espíritu Santo hubo inspirado este piadoso deseo en el ánimo de este anciano lleno de fe, ¿qué le falta ya sino ir á disfrutar del objeto que ama? Próximo á exhalar su alma, empieza así el himno de las divinas misericordias: « Yo cantaré eternamente las misericordias del Señor. » Al pronunciar estas palabras expira y continúa el sagrado cántico con los ángeles.

Crímen y locura.

Algunos filósofos de la antigüedad osaron hacer la apología del suicidio, y sin embargo, nadie ha podido legitimar este momento de desesperacion.

El suicidio es un acto de rebelion contra Dios, y por consiguiente, un horrendo crímen.

Los que quieren legitimarle dicen que no hay culpa cuando no se hace daño á los demas.

¡Qué raciocinio tan falso! Hay siempre culpa cuando se

viola la ley de Dios, resulte ó no perjuicio ageno. El crimen está en la misma rebelion y no en las consecuencias que esta pueda tener.

Pero es falso decir que no se daña á otro con esta accion criminal, porque el ejemplo que se da produce siempre un mal inmenso en la sociedad.

El desgraciado que se deja arrastrar á este acto de desesperacion, dice: « Hago mal, lo conozco, convengo en ello, pero Dios es misericordioso y me perdonará. »

¡Qué abominable error! Sí; la misericordia de Dios es infinita; pero hacer voluntariamente y á sabiendas lo que es contrario á su ley, y volverse criminal contando de antemano con el perdón, es hacerse indigno de él.

« Pero yo no puedo soportar la vida, añade el pecador; soy excusable si me libero de su peso. »

¡Error y mentira! Se le puede responder: « Decid que no quereis, y nó que no podeis. Sean cuales fueren vuestras penas os es siempre mas fácil emplear vuestra fuerza moral en soportarlas, que abusar de esta misma fuerza para volver contra vos mismo una mano criminal. »

Proposicion impía, piadosa negativa.

Un hombre de ilustre nacimiento fué injustamente condenado á muerte por causas políticas. Miéntras aguardaba la hora del suplicio, un pariente suyo obtuvo permiso para verle en su prision y le dijo: « Vengo, querido amigo, á darte una prueba postrera de mi amistad. No, tú no morirás en un cadalso ignominioso, pues he hallado el medio de preservarte de él. Toma lo que te doy. »

Diciendo esto, le presenta un veneno y añade: « Mira, hé aquí un socorro que en la antigüedad libertó á tantos filósofos de la furia de los tiranos.

¡Oh, amigo mio! respondió el reo, ¿qué te atreves á proponerme? ¿Olvidas acaso que soy cristiano y que no tengo derecho alguno sobre mi vida? ¿Cómo osaria comparecer ante Dios, despues de haber cometido semejante crimen? »

— ¿Has reflexionado en lo ignominioso que es el subir á un cadalso público? añadió el amigo.

— La ignominia consiste en violar las leyes de Dios, y el honor en observarlas. Me rebelaria contra esta santa ley si me sustrajese, por medio de un crimen, á la pública desgracia que me está reservada. Me hablas de los filósofos de la antigüedad que elevaban su alma por la contemplacion de sus propias fuerzas; pero los cristianos tienen un testigo ante el cual han de vivir y morir. Los filósofos colocaban el suicidio en la categoría de las cosas permitidas, sustrayéndose por él al poder de los opresores; pero la fe cristiana le abomina y solo estima la abnegacion que nos somete á la voluntad de la Providencia. »

Abrazóle entónces su amigo derramando abundantes lágrimas: « Te agradezco, le dice, esta última leccion que acaba de darme tu virtud: olvida, te ruego, la desgraciada proposicion que he tenido la debilidad de hacerte. Ignoro si á mi vez tendré motivos para quejarme de la injusticia de los hombres; pero lo que te prometo al despedirme de tí, es que no quebrantaré nunca voluntariamente la ley de Dios. »

Último presente de una hermana.

Una señora, moribunda en la flor de la edad, envió á su hermana, como don, un ejemplar del Nuevo Testamento de que tenia costumbre de servirse, y al mismo tiempo esta carta:

« Hermana mia, querida Catalina, te envío un libro cuyo exterior no está enriquecido con dorados, pero cuyo interior es infinitamente superior al oro y piedras preciosas: es el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Si le lees con ánimo dócil y humilde, él te conducirá á la única felicidad digna de este nombre, al goce de la vida eterna, y te enseñará á vivir y á morir bien. Adquirirás, por él, riquezas que ningun hombre podrá arrebatarte. Pide con ardor, como David, la inteligencia de esta santa ley y la

gracia de obrar de modo que esté conforme con ella. Prepárate desde este momento para tu última hora, hácia la cual los mas jóvenes pueden ser arrebatados como los mas ancianos, si Dios les llama á sí. No llores mi muerte, querida hermana mia; ántes bien congratúlate conmigo, pues voy á pasar de la corrupcion á la incorruptibilidad, y tengo la firme esperanza de que, con la pérdida de esta vida, que no dura mas que un instante, ganaré la otra, que no tiene nunca fin, y en la que deseo ardientemente que algun dia entres allí conmigo. Con esta esperanza, ruego á Dios que te guarde en su divina gracia, para que vivas y mueras en su santo temor y perseveres sin cesar en la integridad de una vida cristiana. Adios, querida hermana, deposita toda tu confianza en Aquel que es nuestra fuerza. »

SEGUNDA PARTE

DEBERES DEL HOMBRE PARA CONSIGO MISMO.

§ I. PERFECCION MORAL.

CONCIENCIA.

La conciencia habla á todos los hombres que no se han vuelto indignos de oirla á fuerza de depravacion.

Nadie puede ser feliz sino goza de su propia estima.

Una conciencia pura es una blanda almohada, en la cual solo el hombre de bien puede descansar. (*Varios autores.*)

El contento de sí mismo es la prueba y la recompensa de la buena conducta. (B.)

Sé tan puro en tus pensamientos como en tus acciones y palabras, arreglándolos de modo que si te preguntan en qué piensas, puedas siempre dar una respuesta pronta, sincera y al mismo tiempo honorífica para tí. (*Moralistas antiguos.*)

El que tiene la conciencia tranquila halla cierto deleite en todo lo que le rodea; solo para él es bella la naturaleza. (B.)

Testimonio interior.

La misericordia divina condujo á un joven vicioso á una sociedad de hombres de costumbres santas y puras. Sus virtudes le conmovieron y no tardó en imitarles y en perder sus antiguas costumbres, volviéndose justo, sobrio, paciente, laborioso y benéfico. Nadie podia negar sus obras, pero las atribuian á móviles odiosos, obstinándose en juzgarle por lo que habia sido ántes y no por lo que llegó á ser despues. Esta injusticia le traspasaba el corazon de dolor y le hacia derramar abundantes lágrimas en el seno de un anciano solitario. « ¡Hijo mio! le respondió este hombre venerable, da gracias á Dios porque vales mas que tu reputacion. Cuán dichoso es aquel que puede decir, « mis enemigos y rivales censuran en mí vicios que « no tengo. » Siendo, como eres, bueno, ¿qué te importa que los hombres te crean malo? ¿No tienes para conso-

larte á dos esclarecidos testigos de tus acciones, Dios y tu conciencia? »

Buena conciencia y mala conciencia.

El maestro de escuela de una aldea, estaba un día dando lección á los niños del lugar, y éstos, sentados alrededor suyo, le escuchaban con suma atención, porque su modo de enseñar era tan sencillo como eficaz. Hablaba en aquel momento de la buena y de la mala conciencia y de la voz secreta del corazón.

Cuando hubo acabado, preguntó á sus discípulos : « ¿Cuál de entre vosotros puede hacerme una comparación sobre este asunto¹⁾ ? »

Uno de ellos se levanta y dice : « Yo podría decir una, pero no sé si es justa. »

— « Veamos cuál es, » respondió el maestro; y el niño continuó de este modo :

« Comparo la intranquilidad de la mala conciencia á lo que experimenté un día cuando los soldados enemigos, pasando por nuestra aldea, se llevaron por fuerza á mi padre con su caballo. Toda la familia lloraba amargamente y mi madre, en medio de su dolor, me envió á la ciudad para saber noticias suyas. Fui en efecto allá, y volví á casa muy tarde y sumamente afligido, porque no había hallado á mi padre.

« Era una noche oscura de otoño : bramaba el viento entre las encinas, los abetos y peñascos, oyéndose á la par el chillido de los buhos y lechuzas. Abrigaba el fatal presentimiento de que había perdido á mi padre, y se me representaba á cada momento el dolor que iba á desgarrar el corazón de mi madre al verme llegar solo y sin noticias de aquel á quien buscábamos. Esta idea me sobrecogió de un temblor mortal; hasta el movimiento de una hoja me llenaba de espanto y pensaba en mí mismo : « Hé aquí lo

1. En las escuelas de Alemania se suele pedir á los niños que hagan

comparaciones sobre diferentes asuntos, para ejercitarles la inteligencia.

que debe experimentar el hombre que lleva consigo una mala conciencia. »

— ¡Niños! dijo entónces el maestro, ¿querríais andar así, en medio de las tinieblas, buscando en vano á vuestro padre, y no oyendo mas que la voz de la tempestad y los chillidos de las aves de rapiña?

— « ¡No, señor! » contestaron á un tiempo todos los niños estremecidos.

En seguida el niño narrador prosiguió de este modo : « Otra vez anduvimos el mismo camino mi hermana y yo : habíamos ido á la ciudad á comprar mil frioleras para regalarlas á mi madre en una fiesta que mi padre queria darle al día siguiente. Regresamos ya tarde, por la noche, pero como era la primavera, estaba el cielo claro y azul, la naturaleza serena y reinaba en todas partes un silencio tan profundo, que apenas si se oía el murmullo del manantial que corria á lo largo del camino y el canto de los ruiseñores á lo léjos. Caminábamos juntos, mi hermana y yo, agarrados de la mano, con ánimo tan satisfecho, que no teníamos ganas de hablar; á poco trecho de nuestra casa, hallamos á nuestro padre, que salia á esperarnos.

Entónces me dije á mí mismo : « Hé aquí lo que debe experimentar el alma del hombre honrado que ha hecho siempre bien. »

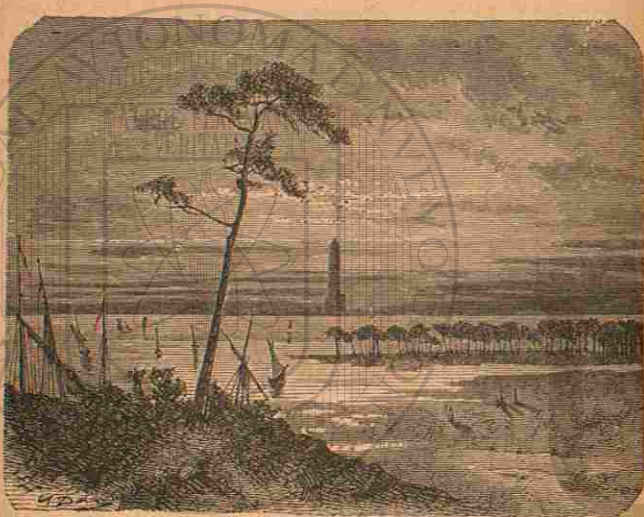
Calló el muchacho, y el maestro miró amistosamente á sus discípulos, quienes exclamaron á un tiempo : « Sí, queremos ser hombres de bien. »

Felicidad que nace de una conciencia pura.

Un pescador, venerable por su edad y sus virtudes, acababa de embarcarse una noche con su hijo en una barquilla, y se metía mar adentro para tender sus redes en los cañaverales que rodeaban varias islas vecinas. El sol se sepultaba en el seno del mar, dando un aspecto de fuego al cielo y á las aguas.

« ¡Ay! ¡Qué hermoso es todo cuánto nos rodea! dijo, ad-

mirado el jóven. ¡Ved al cisne con su cria bulliciosa cómo se sumerge en el reflejo dorado del cielo! ¡Ved cómo navega, cómo traza surcos en las olas y cómo despliega sus alas! ¡Qué dulce murmullo dejan oír esos álamos que orlan la ribera! ¡Con qué gracia se inclinan ante el soplo del céfiro



esos trigos lleno de lozanía! ¡Qué hermosa es la naturaleza!
¡Cómo nos agrada y qué feliz nos hace!

« Sí, respondió su padre, la naturaleza es la que nos proporciona los goces mas puros. Si eres hombre de bien, si las pasiones violentas ó culpables no emponzoñan tu existencia, disfrutarás de esos placeres.

« El mas precioso de todos los bienes, hijo mio, es una conciencia tranquila.

« Si hoy vivo dichoso es por haber seguido esta máxima. Sesenta veces se ha embellecido con su verde ramaje el bosque que rodea nuestras cabañas, desde que ví la luz del día: este largo espacio ha pasado, como un hermoso día de primavera, en apacible calma y dulce satisfacción.

« Sin embargo, no me han faltado momentos de ansiedad.

« ¡Cuántas veces la tempestad me sorprendió cuando con mi frágil barquilla hendía las aguas del mar! Quedaba mi barca suspensa en la cima de una montaña de agua y de repente, con espantoso ruido, hundíanse las olas y yo también con ellas; el trueno y el rumor de la mar agitada, hacían estremecer á sus silenciosos habitantes, que se refugiaban en el fondo del abismo: en aquellos momentos, cuando los vientos soplaban enfurecidos y el agua caía á torrentes sobre mi cabeza, creía ver mi tumba en cada ola que se abría ante mí.

« Pero luego se calmaba el furor del viento, la atmósfera se serenaba y volvía á ver la imágen de los cielos en el apacible espejo del líquido elemento. El sollo de azulado lomo y ojos colorados salía de entre las yerbas marinas que le habían dado asilo, y numerosos peces saltaban en la superficie del mar donde reflejaba el sol; entónces la alegría tranquilizaba mi angustiado corazón.

« Tu cariño, hijo mio, es mi felicidad. Hasta hoy has seguido mis consejos: síguelos siempre, que serás dichoso como yo, y la naturaleza será siempre bella para tí.»

ENMIENDA.

Para hacerme digno de llegar á la verdad, debo estudiarme á mí mismo, profundizarme y vencerme. (FENELON.)

La virtud no penetra en las almas instruidas y perfeccionadas, sino ejercitándola continuamente; nacemos para ella, pero no con ella. Los hombres que nacen con las mejores disposiciones para ser virtuosos, no lo son si no adquieren los conocimientos necesarios.

No hay ligereza en confesar un error que se conoce y se aborrece; al contrario, debemos manifestar ingénuamente que nos hemos equivocado. El que insiste en semejante caso, da pruebas de un necio orgullo. (*Moralistas antiguos.*)

Nada cuesta confesar las culpas á los que tienen medios de repararlas.

Nadie sufre con mas docilidad una reprension que aquel que merece ser elogiado. (MALAMA DE LAMBERT.)

Mal muy grande es poseer toda clase de defectos, pero lo es mucho

mas no quererlos conocer, porque entónces se agrega á ellos el de la ilusion voluntaria. (PASCAL.)

El arrepentimiento es un vivo dolor, al que, sin embargo, se mezcla un consuelo interno, porque lamentando nuestra falta, gozamos interiormente del sentimiento que nos la hace aborrecer, y en el mero hecho de reconocernos culpables, nos hallamos mejores. Así, las lágrimas que el arrepentimiento nos hace derramar, nos alivian, y los sollozos que arranca llevan la calma al pecho que destrozan. (B.)

Exámen diario.

El célebre filósofo Pitágoras¹ prescribía á sus discípulos que todas las noches reflexionaran á solas y se preguntasen á sí mismos :

« ¿En qué he empleado el dia de hoy? ¿En dónde he estado? ¿A quién he visto? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dejado por hacer? »

Esta costumbre es excelente, porque todo el que desee perfeccionarse y velar por su felicidad, debe consagrar algunos momentos, ántes de entregarse al sueño ó al levantarse, á repasar en su memoria todo lo que ha hecho, dicho, oído ú observado durante el dia. Este exámen rápido ocupa el tiempo que pierden todos los hombres, y que de este modo se emplea con fruto. Aprovechemos, pues, este momento que parece señalado por la naturaleza, y de que la misma vida social nos permite disponer libremente, para recordar todo lo que hemos visto, notado ó aprendido, todo lo que hemos podido decir atinada ó imprudentemente, con utilidad ó sin ella, con provecho ó con perjuicio del cuerpo, del ánimo ó del alma. Así podemos darnos cuenta exacta é imparcial de cómo hemos empleado nuestros instantes en las veinte y cuatro horas precedentes, haciendo esta pregunta á cada dia trascurrido : « ¿En qué has contribuido á mi perfeccion física, moral, intelectual y á mi dicha? »

¹ Nació en Samos (Grecia) y murió en Italia hácia el año 489 ántes de Jesucristo.

Asíduos y valerosos esfuerzos.

Un jóven concibió la generosa resolucion de corregirse de sus defectos y de entrar en la senda de la cordura. Pero, al examinar rigurosamente su conciencia, se halló tan débil para el bien, tan acostumbrado al mal y tan lleno de imperfecciones y de vicios, que desmayó considerando su conversion como una obra tan difícil como imposible y sin saber por donde empezar. Un buen anciano á quien descubrió el estado de su alma, le consoló y animó contándole esta parábola :

« Un hombre envió á su hijo al campo para que desmontase una tierra cubierta de espinas y abrojos, pero el muchacho, viendo cuán largo y penoso era este trabajo, desesperó de poderle llevar á cabo, y en vez de poner manos á la obra, tendióse á la sombra de un árbol y se durmió; de este modo no hizo nada aquel dia ni los siguientes.

« Fué el padre á ver en qué estado se hallaba el trabajo de su hijo y halló al jóven desalentado por la duracion de la obra y sin haberla siquiera empezado. El buen hombre, en vez de irritarse por la conducta de su hijo, le dice con dulzura : « Solo te pido que desmontes, durante tu jornada, este rinconcito de campo ; » y al mismo tiempo le enseñó un pedazo de tierra que era poco mas ó ménos la décima parte del todo. « Si no es mas que eso, contestó el « hijo, es cosa fácil y voy á hacerlo al momento. » En efecto, empezó al punto su tarea y la concluyó ántes de anoecer. Pues bien, hijo mio, volvió á decirle el padre, haz otro tanto cada dia y verás qué corta y fácil es esta obra que te parecia inmensa. » Dócil el jóven á este consejo, dividió él mismo la tierra en diez partes iguales : al cabo de diez dias terminó su tarea y aquel campo, que ántes estaba erizado de abrojos, es hoy dia un jardin cubierto de flores y frutos.

« Así es como debeis proceder para corregir vuestros defectos, añadió aquel sabio anciano. Empezad luchando

contra la pasión que mas os domina, procurad ir venciendo sucesivamente las otras y restablecereis la tranquilidad en vuestro ánimo. »

Extirpacion de los vicios desde su nacimiento.

Preguntado por sus discípulos un sabio del Oriente, sobre el modo de combatir las pasiones, hé aquí cómo les contestó :

« Estaba en aquel momento en un sitio plantado de árboles y mandó á uno de sus discípulos que arrancara un arbolillo que le enseñó : el discípulo le desarraigó al punto, con una sola mano, sin el menor esfuerzo. Enseñóle luego otro algo mayor, que arrancó igualmente el jóven, pero no tan fácilmente, y con ayuda de ámbas manos. Para arrancar un tercero que era mucho mas fuerte, fué preciso que le ayudase uno de sus compañeros y no lo consiguieron sino á costa de grandes esfuerzos. En fin, el sabio les señaló con el dedo otro que era mucho mas robusto y que no pudieron desarraigar todos ellos juntos, á pesar de los esfuerzos que hicieron. « ¡ Hijos! les dijo entónces el sabio, así sucede con nuestras pasiones : al principio, cuando no estan aun arraigadas, es fácil arrancarlas, por poco trabajo que nos tomemos para corregirlas; pero cuando una larga costumbre las ha dejado echar hondas raíces en nuestro corazón, es casi imposible extirparlas. »

Medio para hacer progresos en la virtud.

« En mi juventud, dice Franklin¹, concebí el difícil proyecto de alcanzar la perfeccion moral. Deseaba preservarme de todas las faltas á que pudieran inducirme una inclinacion natural, la costumbre ó la sociedad, y ensayé con este

1. Benjamin Franklin (1706-1788) nació en Boston, en América, de una familia pobre. Simple cajista en una imprenta, adquirió luego despues muchas riquezas y celebridad con su trabajo, y fué uno de los que mas contribuyeron á la emancipacion de las colonias inglesas. La ciencia debe á Franklin preciosos descubrimientos sobre la electricidad y la invencion de los para-rayos.

fin la práctica siguiente : reuní bajo el nombre de virtudes todo cuanto se me presentó como necesario ó desea-



Franklin.

ble, poniendo á cada nombre un corto precepto que expresaba la extension que daba yo á su significado.

Hé aquí los nombres de las virtudes con sus preceptos :

1. *Templanza.* — No comais hasta el punto de empacharos, ni bebais hasta trastornaros.
2. *Silencio.* — No digais mas que lo que pueda servir á los demas y á vosotros mismos, y evitad las conversaciones superfluas.
3. *Orden.* — Poned en vuestra casa cada cosa en su lugar y haced los negocios á su tiempo.

4. *Resolucion.* — Tomad la de hacer lo que debeis, y no dejéis de hacer lo que hayais resuelto.

5. *Economía.* — No hagais gastos mas que en provecho ageno ó en el vuestro propio, es decir, no malgastéis ni disipeis.

6. *Trabajo.* — No perdais el tiempo, ocupaos siempre en algo útil y absteneos de toda accion que no sea necesaria.

7. *Sinceridad.* — No andéis nunca con rodeos; pensad con inocencia y justicia, y hablad como pensais.

8. *Justicia.* — No perjudiquéis nunca á nadie, sea haciéndole daño ó descuidando de hacerle el bien que estais obligados á hacerle.

9. *Moderacion.* — Evitad los extremos. Guardaos bien de resentiros de los agravios tan vivamente como parecen merecerlo.

10. *Limpieza.* — No tolereis ningun desaseo en vuestro cuerpo, ni en vuestros vestidos, ni en vuestra casa.

11. *Tranquilidad.* — No os incomodeis por bagatelas, ni por lances ordinarios ó inevitables.

12. *Humildad.* — Imitad á Jesús.

« Como mi objeto era el de contraer la costumbre de todas estas virtudes, resolví dedicarme particularmente á una de ellas durante una semana, sin descuidar por eso las demas.

« Para lograrlo, hice una libreta de doce páginas, cada una de las cuales llevaba al frente el nombre de estas virtudes, y las marqué con tinta encarnada, dividiéndolas en siete columnas, una para cada dia de la semana, señalando los dias; tracé luego doce líneas trasversales escribiendo al principio de cada una, en abreviatura, el nombre de una de las doce virtudes; en esta línea y en la columna del dia, marcaba con un tilde todas las faltas que, en mi exámen de conciencia, reconocia haber cometido.

« De este modo podia hacer un curso completo en doce semanas y empezarlo de nuevo cuatro veces al año. Asi

como un hombre que, queriendo limpiar un jardin, no trata de arrancar de una vez todas las malas yerbas, la cual seria superior á sus fuerzas, sino que empieza por uno de sus acirates y no pasa á otro hasta que lo deja limpio, así tambien esperaba yo disfrutar del lisonjero placer de ver grabados en mis páginas los progresos que iba haciendo en la virtud, gracias á la disminucion sucesiva del número de faltas, hasta que por fin, al cabo de haber vuelto á empezar muchas veces tuviese la dicha de ver ileso mi libreta, despues de un exámen diario durante doce semanas.

« Me puse, pues, á ejecutar este plan, y quedé asombrado al hallarme lleno de mas defectos de lo que creia; pero tuve la satisfaccion de ver cómo iban disminuyendo.

« Acaso sea útil que mis descendientes sepan que uno de sus antepasados debió á este medio y á la gracia de Dios la felicidad de toda su vida, hasta la edad de setenta años, época en que escribió estas páginas. »

Confesion de una falta y enmienda de ella.

El célebre juriconsulto Dumoulin era no ménos notable por su ciencia que por su carácter y talento.

Abogó algunas veces ántes de llegar á tener la fama que alcanzó con sus obras, pero su voz era tan áspera y su elocucion tan difícil, que el presidente del tribunal ante el cual hablaba, le dijo un dia, impacientado ya de oírle : « Callad, que sois un ignorante. »

El colegio de abogados se lastimó vivamente con esta injuria hecha á uno de sus individuos y decidió que el rector fuera con una diputacion á exponer sus quejas al primer presidente. Cuando entró esta diputacion en el gabinete del magistrado, le dijo á éste el rector del colegio, con la ruda franqueza de aquel tiempo : « Habeis injuriado á un hombre mas sabio que vos. — Es verdad, contestó al punto el primer presidente, que siendo muy leal para negar su falta, deseaba repararla; yo no conocia todo el mérito del señor Dumoulin; soy culpable, lo reconozco. »

Reconocimiento de un defecto y correccion de él.

Alfonso IV, rey de Portugal, se entregaba con excesivo ardor al placer de la caza, y sus favoritos fomentaban su gusto dominante. Así perdía en ejercicios inútiles un tiempo precioso que hubiera debido consagrar á los negocios del Estado.

Un día que su presencia era indispensable en Lisboa, entró en la sala del consejo con la impetuosidad de un joven cazador y se puso á referir alegremente los varios incidentes de sus últimas cacerías á los cortesanos reunidos en torno suyo. Cuando acabó de hablar, un respetable anciano consejero, le dijo : « Señor, permitid que os hable con franqueza :

« Cuando un súbdito cualquiera se ocupa en sus placeres en vez de pensar en sus negocios, solo perjudica sus propios intereses; pero cuando un rey abandona el cuidado de la cosa pública para correr exclusivamente en pos de vanos placeres, causa entónces la ruina de todo un pueblo. No nos hemos juntado aquí para oír proezas de cazador. Os rogamos que en adelante consagreis la mayor parte de vuestro tiempo al cumplimiento de los deberes que Dios os ha impuesto, pues la caza y demas diversiones no tienen derecho mas que á vuestros momentos perdidos. » Al oír unas palabras tan atrevidas, se puso Alfonso pálido de cólera, pero dominando al punto este primer movimiento, y haciendo un generoso esfuerzo sobre sí mismo, reconoció la cordura de las reconvenções del anciano consejero.

« Razon teneis, contestó el rey, y os agradezco vuestras sábias advertencias. Acordaos que desde hoy, no soy ya Alfonso el cazador, sino Alfonso, rey de Portugal. » Cumplió, en efecto, su palabra el príncipe y fué uno de los soberanos mas activos de su siglo.

Reparacion honorífica.

La víspera de una batalla los soldados alemanes al servicio de Enrique IV, obligaron á su coronel á que fuese á pedir al rey el sueldo que se les debía. El soberano respondió : « ¡Cómo, coronel! ¿Es digno de un hombre de honor venir á pedir dinero cuando se han de recibir órdenes para pelear? » El coronel se retiró sumamente avergonzado y se encerró en su tienda para devorar en silencio esta bochornosa reconvenção. Al día siguiente, al ir á empeñar el combate, acordándose Enrique de la durísima contestacion que dió al pundonoroso coronel, fué á verle y le dijo : « ¡Coronel! la batalla va empezar y quizá sucumba yo en ella. No es justo que me lleve conmigo el honor de un valiente soldado como vos : por tanto declaro que os conozco por un hombre de bien é incapaz de una cobardía. » Diciendo esto le abrazó con efusion. — « ¡Ah, señor! respondió el coronel derramando lágrimas; al devolverme el honor que me habiais arrebatado, me quitais la vida, pues me consideraria indigno de ella si no la sacrificase hoy en vuestro servicio. » El valiente coronel se cubrió de gloria en aquella batalla, muriendo en ella con las armas en la mano.

Extravío y arrepentimiento.

Feliz el que conserva siempre la inocencia! ¡Dichoso tambien el que habiéndola perdido entra en la senda de la virtud por medio del arrepentimiento!

San Juan Evangelista¹, de regreso de Pathmos², se hallaba, como anteriormente, animado de una caridad divina. Habiendo reparado en un joven cuya fisonomía cándida y pura anunciaba la inocencia : « Tomad á este mozo

1. Uno de los apóstoles llamado el Discípulo querido; murió en 101.

2. En la costa de Asia, á donde fué

desterrado San Juan y escribió en él el Apocalipsis.

bajo vuestra proteccion, dijo al obispo, y velad por él atentamente. »

El obispo se encargó del jóven y le instruyó; pero demasiado confiado en su discípulo, no le vigiló con bastante severidad. La libertad fué muy funesta para él, pues seducido por dulces lisonjas, se disgustó del trabajo, dejándose arrastrar por perversas ilusiones y por los encantos de una peligrosa independéncia. Ultimamente reunió á todos sus camaradas y metiéndose con ellos en la selva, se hizo capitán de bandoleros.

Cuando volvió san Juan á aquella tierra, lo primero que hizo fué preguntar por el que llamaba su hijo: « Murió, contestó el obispo bajando los ojos. — ¿Cuándo y cómo murió? volvió á preguntar san Juan. — Ha muerto para Dios, pues, no puedo decir sin llorar que se ha hecho bandolero. — ¿Dónde esta? — En la montaña. — ¡Es preciso que yo le vea! » exclama el apóstol partiendo al momento.

En cuanto llegó á la entrada del bosque, cayó Juan en manos de los bandidos, como lo deseaba: « Llevadme ante vuestro jefe, » les dijo. Lleváronle en efecto, y al verle, el jóven capitán se queda parado y vuelve la cara para no mirarle: « ¡No huyas, hijo mio, no huyas de tu padre! Te he prometido al Señor y debo responder de tí; si lo exiges, consiento en sacrificar mi vida por tí, pero no puedo abandonarte; he tenido confianza en tí, te debo á Dios y respondo de tí con mi alma. »

El mozo se arroja al cuello del apóstol derramando copiosas lágrimas y permanece mudo é inmóvil, sin dar mas respuesta que su llanto de amargura.

El apóstol abraza con ternura á su hijo sinceramente arrepentido; se lo lleva léjos de la montaña y de sus compañeros y purifica su corazón con dulces y santas palabras.

Desde entonces vivieron largos años íntimamente unidos, y el mozo se hizo digno de que el apóstol depositara en su corazón las expansiones de su alma.

Crímen y expiacion.

[1809.]

Entre Arezzo y Florencia, en medio de los Apeninos, se halla situada la célebre abadía de Vallombreuse rodeada de espesos bosques de negros abetos. Arriba de la abadía y á una grande altura hay una ermita desde la cual se descubre un inmenso paisaje que se extiende por un lado hasta el Mediterráneo y por el otro hasta el golfo Adriático.

En esta ermita habita un solitario que pasa allí todo el año haciendo ejercicios de la mas austera penitencia; tiene un jardinito, y una fuente que mana de la cumbre del peñasco le sirve para regar algunas legumbres y flores. Pero las nieves que no tardan en acumularse en las estrechas gargantas de los Apeninos, hacen impracticables todos los caminos de la abadía, y el pobre ermitaño permanece entonces muchos meses como sepultado en aquel retiro, sin la menor comunicacion con los vivos.

Caminando una noche dos viajeros por las montañas, se encontraron de súbito sorprendidos por una tempestad, y tuvieron que buscar asilo en la ermita. Uno de ellos era un



artista frances y el otro un italiano amigo suyo; llamaron apresuradamente y en seguida llegó el ermitaño á abrirles la puerta; encendió leña para que secaran sus vestidos y les ofreció una cena frugal que su hambre halló excelente.

El sitio era sombrío, alumbrado apénas por una claraboya demasiado alta; la cabeza del ermitaño, iluminada solo por la llama del hogar, demostraba un carácter tan enérgico y pintoresco, que inspiró al artista el deseo de tomar un boceto.

No costó poco trabajo para que el solitario consintiese en dejar hacer su retrato; pero decidióse por fin y tomando su posicion acostumbrada, esto es, el cuerpo algo encorvado y las manos cruzadas con el rosario, manifestó entónces en su fisonomía la tranquilidad y recogimiento propios de un piadoso solitario. Mas habiendo recaído la conversacion sobre la guerra que en aquel tiempo desolaba el norte de Italia, levantó la cabeza, sus ojos se animaron y el compañero del artista frances reconoció en aquel semblante, que se encubria con el hábito del anacoreta, un hombre de elevada clase que, en un momento fatal, habia cometido un asesinato: á su vista no pudo contener una exclamacion de sorpresa.

« Veo que me habeis conocido, le dijo el ermitaño. En mí teneis un delincuente; si la justicia humana me ha perdonado, no por eso olvido mi delito. Afortunadamente, cuando el remordimiento iba á echarme en brazos de la desesperacion, la religion me abrió los suyos y me ha salvado. Repartí todos mis bienes en los establecimientos de beneficencia, y vine á sepultarme en este desierto, donde vivo de mi trabajo. Ofrezco á Dios mi arrepentimiento y confio en su misericordia infinita. »

EMULACION.

Aunque parece que hay alguna semejanza entre la envidia y la emulacion, hay tanta distancia entre ellas como la que media entre la virtud y el vicio. (LA BRUYÈRE.)

La emulacion es un sentimiento voluntario, valeroso, sincero, que fecunda el alma, haciendo que se aproveche de los grandes ejemplos, ensalzándola á veces por encima de lo que admira. (EL MISMO.)

Las alabanzas á que se hacen acreedoras las almas fuertes y elevadas, aumentan su vigor y su poder; se avergonzarian si no fueran fieles á su gloria y no la dieran mas lustre con acciones cada vez mas sublimes. (Moralistas antiguos.)

Emulacion apasionada.

Cuando se hallaba san Agustin¹ retirado en un campo con algunos amigos, instruía á dos jóvenes llamados Licente y Frigeicio. Habia establecido pláticas regulares en las que les hacia hablar sobre diferentes asuntos; cada uno de ellos defendia sus ideas y contestaba á las objeciones, escribiendo ámbos todo lo que decian. Un dia se le escapó á Frigeicio una respuesta que no era del todo conforme con la verdad, y que él deseaba no ver escrita. Licente, por su parte, instó con calor para que se escribiera, mediando entre ámbos contestaciones algo vivas.

San Agustin amonestó con severidad á Licente, cuyas mejillas se encendieron de rubor, pero Frigeicio viendo la confusion y vergüenza de su competidor no pudo disimular su júbilo. Entristecido el santo al ver el secreto despacho del uno y la maligna alegría del otro, exclamó: « ¿Así es como os conducís? ¿Es ese el amor de la verdad y la virtud que hace un instante creia yo que poseíais y del que yo me gloriaba? ¡Ah! ¡Qué pena tan cruel me habeis causado! » Y al decir estas palabras se le arrasaron los ojos de lágrimas.

« Si creéis tenerme algun cariño, añadió, lo único que os pido es que seais buenos y continuéis siendo amigos. »

Enternecidos los discípulos, no pensaron sino en consolar á su maestro con su arrepentimiento presente y sus promesas sinceras para lo sucesivo.

Acaso habrá quien diga que la falta de ámbos jóvenes no merecia que el maestro se conmoviera de tal suerte,

1. Uno de los mas ilustres padres de la Iglesia, que fué obispo de Hipona,

en Africa, ciudad conocida hoy con el nombre de Bona. Falleció en 430.

porque ordinariamente es lo que acontece en esos casos; y que el vituperar la vivacidad y el sentimiento es apagar el amor al estudio y embotar el aguijon tan necesario en esa edad.

Ne pensaba así san Agustin, cuyos conatos se encaminaban á contener la emulacion en sus justos límites é impedir que degenerara en orgullo; bien léjos estaba su ánimo de querer reemplazar estas disposiciones por otras no ménos religiosas, cuales son la pereza y la indolencia. « ¡Qué desconuelo seria el mio, decia, si no pudiera corregir los vicios de mis discípulos sino con otros nuevos! »

La envidia y la noble emulacion.

[Siglo xvii.]

Un jóven llamado Guidotto, discípulo de una de las escuelas de pintura mas célebres de Italia, presentó un cuadro que obtuvo grande éxito. Los maestros le elogiaron y declararon unánimamente que si continuaba aquel jóven como habia empezado adquiriria gran reputacion. Dos de sus condiscípulos miraron el cuadro de modo bien distinto. Brunello, discípulo mas antiguo que Guidotto, y que ya tenia alguna fama, vió su amor propio ajado por la superioridad del jóven artista; le parecia que los elogios que obtenia su émulo, eran como una usurpacion á su talento, y desde entónces deseó que perdiera el renombre que acababa de adquirir.

No pensaba así Lorenzo, otro jóven de la misma escuela que llegó á ser uno de los admiradores mas sinceros de Guidotto, y que deseando con ansia llegar algun dia á la misma altura que él, le tomó por modelo y cifró toda su ambicion en seguir sus huellas, entrando con pasion en la via del progreso. Durante algun tiempo fué poco afortunado en sus tentativas, pero no por eso desmayaba. « ¡Qué léjos estoy aun de Guidotto! exclamaba; pero por fin tuvo la satisfaccion de notar que comenzaba á salir bien con su empeño, y habiendo sido muy aplaudido por una de sus

obras, dijo entónces entre sí : « ¿Por qué no podré yo algun dia ponerme al nivel del émulo á quien admiro y respeto? » Entretanto Guidotto continuaba con éxito sus trabajos y Brunello, que por algun tiempo le disputó la palma, abandonó la lucha y se contentó con exhalar los sarcasmos de la envidia y la exageracion de la crítica apasionada.

Era costumbre en aquella época que cada discípulo expusiera un cuadro cierto dia en el salon destinado al efecto, donde examinadores nombrados por personas peritas en la materia, concedian un premio á la obra que mereciera su aprobacion.

Con este objeto, habia preparado Guidotto un cuadro que excedia á todas sus obras anteriores y le concluyó la víspera de la exposicion; solo le faltaba dar algun realce á los colores por medio de un barniz transparente.

El envidioso Brunello tuvo suficiente destreza para verter en el frasco que contenia el barniz, algunas gotas de una composicion cáustica, cuyo efecto debia ser destruir completamente la frescura y brillo de la pintura. Guidotto dió á su cuadro una capa de este barniz por la noche, alumbrado por una bugía, y ántes de amanecer colocó su cuadro en el sitio que le estaba señalado. Latiéndole el corazon puso Lorenzo su obra en la exposicion, cuadro que habia concluido con sumo cuidado, esperando, á pesar de su modestia, que no seria inferior á los primeros trabajos de Guidotto.

Sonó por fin la hora tan deseada; llegan los jueces del concurso, ábrese el salon, descórrense las cortinas y los cuadros reciben la luz del modo mas favorable. La atencion del público se dirige desde luego hácia el de Guidotto, pero en lugar de la obra maestra que se esperaba, lo que se presenta á su vista es un lienzo deslucido y manchado; todos los espectadores decian á un tiempo : « ¡Cómo! ¿Es esta la obra del primer artista de esta escuela? » El desdichado Guidotto se acerca, y al ver la horrible transformacion que habia sufrido su obra favorita, exclama desesperado : « ¡Me han perdido! » El miserable Brunello se

gozaba en su dolor, pero Lorenzo, en cambio, participaba de él. « ¡Esto es un infamia! ¡Es un crimen! gritaba, este no es el cuadro de Guidotto; yo le he visto y puedo asegurar que su colorido era tan perfecto como el dibujo. »

Todos los concurrentes participaron del dolor de Guidotto, pero no se pudo adjudicar el premio á un cuadro en semejante estado.

Examinados que fueron los demas, obtuvo la preferencia el de Lorenzo, que era artista poco conocido; pero al recibir éste el premio, se llegó á Guidotto y ofreciéndosele, le dijo: « Tomad lo que por vuestro mérito hubiérais obtenido si la envidia no hubiese trabajado vilmente contra vos; cifro mi gloria en seguir vuestros pasos, y si en lo sucesivo consigo igualaros, lo deberé á mis nobles esfuerzos, pero jamas á fraudes indignos. »

Tan noble proceder causó el mayor placer á los jueces y concurrentes, por lo que se decidió, á pesar de la resistencia de Guidotto, que éste conservara el premio que le cedia el jóven émulo, adjudicando á Lorenzo otro de igual valor.

ELECCION DE LAS PERSONAS CON QUIENES SE TRATA.

La compañía de los hombres de bien es un tesoro. (*Moralistas orientales.*)

El trato con las personas honradas es lo que mas predispone el alma á las ideas nobles, deshace las dudas y destierra las malas inclinaciones; sus palabras, su vista sola, tiene tal influjo, que penetran hasta el fondo y nos sirven de preceptos. (*Moralistas antiguos.*)

Los buenos ejemplos preparan las almas al bien; de ellos se exhala una emanacion saludable y vivificante; es un aire puro que nos da salud y fortaleza. (LEBRUN.)

Mas vale la soledad que la compañía de los malvados, ó como se dice vulgarmente, mas vale solo que mal acompañado (*Moralistas orientales.*)

Díme con quién andas y te diré quién eres. (*Adagio popular.*)

Las buenas compañías.

Saadi¹, poeta persa, demuestra en el siguiente apólogo el

1. Floreció en el siglo XIII.

benéfico influjo que tiene para el hombre el trato de personas honradas.

« Paseándome un dia, tomé una hoja medio seca que se encontraba á mis piés: despedía un olor agradable que aspiré con delicia: « Tú que exhalas perfume tan suave, le » dije, ¿eres rosa?

« — No, me respondió, no soy rosa; pero he vivido algun tiempo con ellas y de ahí procede el perfume que ha llegado hasta tí. »

Las malas compañías.

Un filósofo encontró á un jóven acompañado de otro camarada suyo conocido por sus vicios. Avergonzóse el primero de hallarse en tan mala compañía, y el rubor se mostró en sus mejillas. « ¡Valor, hijo mio! le dijo el sabio, me alegro de ver en tu rostro esa muestra de pudor; pero valdria mas que te acompañases con personas de quienes no tuvieras que avergonzarte ante la sociedad. »

Funestos efectos de las malas compañías sobre la juventud.

Santiago, niño de catorce años, tuvo la desgracia de perder á su padre, quien, si hubiera vivido, seguramente le habria impedido frecuentar malas compañías: su madre no podia vigilarle del mismo modo. Sin embargo, le habia prohibido expresamente que concurriera á una posada que estaba á la salida del lugar, y razon tenia en prohibírselo, porque aquel sitio estaba siempre lleno de muchachos perversos y criados viciosos.

Olvidando un dia la prohibicion de su madre, se acercó Santiago á la posada, y mirando al patio vió un zagal y un mozo de mulas, de poca mas edad que él, que jugaban con cuartos á cara y cruz.

A poco oyó que decia el zagal: « Cuando me puse á jugar no tenia mas que un cuarto y ya tengo ocho, » y al

mismo tiempo hacie sonar las monedas en el bolsillo de su chaqueta.

Acordóse Santiago de que tenia en el bolsillo un cuarto que su madre le habia dado, y le entró tentacion de ponerse á jugar con los otros jóvenes.

Iba á entrar en el patio, pero le detuvo el recuerdo de que su madre le habia prohibido ir á aquel sitio, así como jugar dinero.

Más al fin la tentacion triunfó de su voluntad.

Entró, y dirigiéndose al mozo de mulas, le preguntó si queria jugar con él, en lo que consintió el otro; despues de haber jugado por espacio de dos horas, Santiago habia ganado tres cuartos que gastó en cerezas, y se sentó en el banco de la posada para comérselas tranquilamente. En tanto que comia oyó al zagal y al mozo que hablaban entre sí; sus dichos groseros y sus malos modales le disgustaron y le infundian miedo, pues todavía no estaba pervertido.

Pero poco á poco, acostumbrándose á su lenguaje y á sus maneras, concluyó por imitarlos.

Casi todos los dias, en vez de ir á la escuela, se iba al patio de la posada donde pasaba horas enteras; ya no le asustaba el vicio, y se acostumbró á jugar, á mentir y á jurar como los otros. Por la noche decia á su madre que venia de la escuela, y al dia siguiente decia á su maestro que habia estado ayudando á su madre en sus faenas. Para colmo de desgracia, trabó íntima amistad con el mozo del pueblo con quien jugó la primera vez, el cual era de los peores del pueblo.

A fuerza de jugar con él, habia llegado Santiago á deberle tres pesetas, que para él eran una suma considerable. El mozo le pedia el dinero con el objeto de ir al otro dia á una fiesta que habia en una aldea próxima, donde esperaba divertirse y queria llevarse consigo á Santiago; mas para ello necesitaba dinero y éste no tenia.

Santiago le dijo que pediria prestada esta cantidad á uno de sus camaradas llamado Enrique, que era un modelo de prudencia y buena conducta, á quien por trabajar todos

los jueves en una fábrica, sus padres le dejaban el dinero que ganaba así, y que él iba guardando para comprar vestidos á su hermana el dia que hiciera su primera comunión.

Pidió, pues, Santiago las tres pesetas á Enrique, quien no quiso prestárselas, conociendo que era para malgastarlas.

Cabizbajo y entristecido volvió Santiago á contárselo al mozo de mulas, quien montando en cólera le dijo: « Es preciso que me pagues; si Enrique no quiere prestarte las tres pesetas, tómalas sin que él lo sepa, pues tú debes saber dónde guarda su dinero. Toma las tres monedas y pasado mañana las volverás á poner en el mismo sitio, porque mañana jugaremos en la feria y estoy seguro de que ganaremos. »

Esta proposicion causó espanto á Santiago, quien contestó: « Sí, yo sé que Enrique guarda su dinero en un tiesto medio roto, en un rincon de la cuadra donde duerme, cerca de una vaca que es de su madre; pero lo que me propones es horrible y no lo haré. »

Burlóse el mozo de sus palabras y ridiculizó sus escrúpulos de tal modo que el desdichado Santiago cayó al fin en el lazo, y se concertaron para efectuar juntos aquella misma noche su odioso atentado.

Así es como las malas compañías pueden conducir á toda clase de crímenes.

A eso de media noche oyó Santiago que llamaban á su ventana con precaucion; era la señal convenida. La idea de la accion que iba á cometer le hizo temblar. Se quedó inmóvil, cubrióse la cabeza con las sábanas, hasta que oyó el segundo golpe. Entónces se levanta, se viste, y abre la ventana que estaba casi al nivel de la calle. « ¿ Estás listo? » le dijo el mozo con voz sorda. Santiago no contestó, pero saliendo por la ventana, siguió á su desalmado compañero.

Llegan á la puerta de la cuadra; negras nubes oscurecian la luna en aquel instante, sumiéndoles en espesas tinieblas. « ¿ En dónde estamos? » decia Santiago, que

trataba de afirmar su paso vacilante apoyándose en la pared, « ¿en dónde estás? habla. »

Al decir esto, alargó la mano y el perverso muchacho la agarró. « ¿Es en efecto tu mano? » dijo á Santiago, « está fría como mármol. »

— Vámonos, respondió Santiago, todavía es tiempo.

— No, contestó el otro abriendo la puerta; estás ya muy adelantado para retroceder; » y al mismo tiempo empujó hácia la cuadra á Santiago que temblaba de piés á cabeza, y aunque sabia dónde estaba el tiesto, no podía dar con él. Temía sobre todo que despertara Enrique; creía oír á cada momento pasos y voces, y se le helaba la sangre en las venas; por último halló el tiesto y lo llevó á la puerta con todo el dinero que en él habia.

En aquel mismo instante, se desvaneció la nube que tapaba la luna y apareció con todo su brillo el astro de la noche.

« Escapemos cuanto ántes, » dijo el mozo de cuadra arrebataando el tiesto de las trémulas manos de Santiago. « ¡Santos cielos! exclamó éste, ¿quieres acaso apropiártelo todo? ¿No me has dicho que no querias tomar mas que tres pesetas para devolverlas pasado mañana sin falta? » — ¡Calla! » replicó el otro; y andando siempre sin hacer caso de su camarada, añadió: « si he de ir á una casa de castigo, no quiero que sea por solas tres pesetas. »

A estas razones se le heló á Santiago toda la sangre y se le erizaron los cabellos. Ni una palabra mas se dijeron. Santiago se metió en su cuarto, miéntras que su cómplice se llevaba el dinero. El imprudente muchacho sufrió cruelmente todo el resto de la noche; cada vez que procuraba dormir, se agolpaban á su imaginacion mil cavilaciones y el menor ruido le hacia estremecer; osaba apenas respirar y pensaba que no llegaria nunca el dia; pero cuando amaneció y empezaron á cantar los pájaros, sintióse aun mas desgraciado.

Era un domingo y la campana tocaba á misa. Todos los muchachos del pueblo, con sus vestidos de los dias de

fiesta, llegaban en tropel á la puerta de la iglesia, con la inocente alegría propia de su edad, y Enrique, el mas juicioso de todos, era tambien el mas alegre. No sospechaba el hurto que le habian hecho, porque en cuanto se levantó solo pensó en rogar á Dios, no en ir á visitar su dinero.

En medio de todos aquellos niños tan alegres, solo Santiago estaba triste y taciturno. Enrique se le acercó sonriéndose, y al verle Santiago se puso pálido como la muerte, alejándose, velozmente de su lado para evitar sus miradas.

La idea de su crimen le atormentaba y se figuraba que cada cual podia leerlo en su semblante: le parecia que todos los que pasaban junto á él le miraban diciéndole: « Ese es un ladron. »

A veces queria volver al lado de Enrique y confesarle su crimen, pero la vergüenza le arredraba.

Al salir de misa se fué á la posada y encerróse allí por un instante con su cómplice, que en vano se esforzó en desvanecer sus terrores. Repartiéronse, sin embargo, el dinero, metióse cada uno la mitad en el bolsillo y partieron juntos á la fiesta del pueblo vecino.

Entretanto Enrique, despues de haber oido misa fué á visitar su modesto caudal, y cuando vió que se lo habian hurtado se echó á llorar amargamente. A sus gritos y sollozos acuden sus padres, y Enrique, abrazádoles, les dice: « ¡Qué desgraciado soy! Me han quitado todo el dinero que habia ahorrado para mi hermana. ¡Estaba tan contento de ver que lo habia ganado con mi trabajo!... ¡Esperaba daros este gusto, así como á ella!... »

Todas las personas que salian de la iglesia, se pararon delante de la casa de Enrique y todo el mundo participaba de su dolor. Preguntáronle de cuánto se componia su tesorillo, y él respondió: « ¡Ay! Consistia en unas piezas de á cincuenta céntimos y de varias pesetas que me daban todos los jueves en la fábrica. A medida que las recibia, me entretenia en grabar en ellas un número con la punta de mi navaja. La primera que recibí lleva el número 1 y así

sucesivamente las demas. Habia cuarenta, que juntas hacian treinta pesetas.

En aquel momento pasó por allí una buena mujer, lechera del pueblo vecino, la cual iba á la ciudad á vender leche; abrióse paso con bastante trabajo, por entre el gentío y dijo á los padres de Enrique:

«¿No están Vds. hablando de unas monedas de cincuenta céntimos que han sido perdidas ó robadas? En este mismo instante acaban de darme una que lleva el número 3. Mírenla Vds. ¿Es ésta?»

Y presentó, en efecto, una moneda que Enrique reconoció por suya. Una voz general preguntó á la lechera quién se la habia dado, y ella contestó:

«Aun no hace un cuarto de hora, cuando entré en el pueblo, hallé á dos muchachos al volver de una esquina; iban tan atolondrados que tropezaron conmigo y me hicieron caer un cántaro de leche. A mis gritos y reclamaciones, contestó el mayor con injurias, pero el mas jóven, sacando una moneda, me la dió y ámbos se alejaron corriendo. Dejélos ir, porque la moneda que me dieron es poco mas ó ménos el precio de la leche que derramaron.

Preguntaron entónces todos á la lechera: «¿Conoceis á esos muchachos? ¿Habeis visto donde se dirigian?»

— Conozco al mayor; lleva una chupa encarnada y es el mozo de cuadra de la posada, pero no sé quién es el otro. Han echado por el camino del pueblo donde hay una fiesta hoy, y si correis los alcanzareis pronto.»

Nadie dudó que aquellos dos muchachos fuesen los ladrones y todos admiraban y bendecian á la Providencia, que permitió que se descubriese tan pronto á los culpables. Ocho ó diez mozos echaron á correr en busca suya y los demas habitantes del lugar se quedaron al lado de Enrique, mirando todos hácia el paraje por donde presumian que traerian á los raterillos. En efecto, al cabo de media hora varias personas que se habian adelantado volvieron gritando: «¡Ahí están! ¡ahí están!»

Casi al mismo tiempo llegaron los mozos arrastrando

por fuerza al de la chupa encarnada, que luchaba en vano contra ellos, y á Santiago que les seguia cabizbajo, sollozando y la cara medio tapada por la gorra calada hasta los carrillos. Por mas que sollozaba, nadie le conoció hasta que le quitaron la gorra. Enrique, al verle, prorumpie en un grito de dolor, y el arrepentido Santiago cae de rodillas confesando con voz ahogada por el llanto su delito con todas las circunstancias.

Todos le compadecian sin disculparle: «Tan jóven y ya delincuente, decian. ¡Desgraciado! ¿Quién te ha inducido á cometer una accion tan baja? ¡Las malas compañías!»

Los padres agarraban á sus hijos de la mano y estrechándoles contra su corazon, exclamaban: «¡Loado sea Dios! ¡Nuestros hijos no son culpables! Mirad, niños, lo que resulta de juntarse con los malos!»

Registraron á los ladronzuelos y hallaron en sus faltriqueras las monedas hurtadas, ménos la pieza de cincuenta céntimos que la lechera habia recibido y dado á Enrique. Éste queria que perdonasen á Santiago, pero el alcalde no quiso: «Mas vale, decia, que vaya ahora á una casa de correccion, para evitar que le envíen mas tarde á presidio.»

El mozo de cuadra, aunque sumamente abatido, trataba de defenderse echando toda la culpa á Santiago y sosteniendo que era él quien le habia inducido á cometer el hurto; pero nadie le creia. Este miserable, que se hallaba en estado de reincidencia, fué sentenciado á cuatro años de cárcel. A Santiago le metieron en una casa de correccion, donde permaneció dos años; al cabo de este tiempo volvió al pueblo muy enmendado, se condujo en lo sucesivo siempre bien, y mereció que Enrique le devolviera su amistad.

INSTRUCCION, ESTUDIO.

Si reservais, cada dia, algunos ratos para la lectura, sin que la distraiga ninguna otra diversion ó negocio, os admirareis de los progresos que habreis hecho al cabo del año. (B.)

El estudio disipa el fastidio, distrae de las penas, calma el dolor y anima y acompaña en la soledad. (SEGUR.)

Si el divertirse es un bien, el instruirse lo es todavía mayor. La lectura, que reúne estos dos beneficios, se parece á un fruto delicioso y nutritivo á un mismo tiempo.

Los buenos libros son la esencia de los mayores talentos, la flor de sus conocimientos y el fruto de sus largos desvelos; el estudio de una vida entera puede recogerse en algunas horas, y es un gran socorro.

Los libros son para el alma lo que los alimentos para el cuerpo. (Varios autores.)

Petrarca ¹.

Los amigos de Petrarca le escribían frecuentemente para disculparse por qué no iban á verle: «¿Cómo hemos de vivir contigo? le decían, ¡ la vida que llevas en Vaucluse es tan extravagante! En invierno te quedas en tu rincón como un buho y en verano no haces más que correr por los campos.» Petrarca, riendo de estas observaciones, respondía: « Esa gente mira como un bien supremo los placeres del mundo y no concibe que uno se aparte de ellos. Pero yo tengo amigos cuyo trato es muy amable para mí, amigos de todos los siglos y países, que se han ilustrado en la guerra, en los negocios públicos y en las ciencias ². Con ellos no tengo que incomodarme para nada y están siempre á mi disposición, pues les mando venir y les despido cuando me place. Léjos de importunarme, responden á mis preguntas. Unos me cuentan los sucesos de los siglos pasados y otros me revelan los secretos de la naturaleza; éste me enseña el modo de vivir y morir bien y aquel calma mis enojos con su jovialidad. Hay también algunos que endurecen mi alma contra los sufrimientos, enseñándome á despreciar mis deseos y á soportarme á mí mismo; en fin, me llevan por la senda de la ciencia y de las artes, satisfaciendo todo cuanto necesita mi pensamiento. En

1. Célebre autor italiano que vivía ordinariamente en Vaucluse, cerca de Aviñón, donde los papas tenían entonces su residencia. El valle de Vaucluse, donde hay una hermosa fuente, ha dado su nombre al de-

partamento. Petrarca murió en 1374.

2. Fácilmente se comprende que Petrarca designa así á los autores de cuyas obras se componía su biblioteca.

cambio de tantos favores, no piden más que un modesto cuarto donde se hallen al abrigo del polvo. Cuando salgo, me los llevo conmigo por las sendas que recorro, y la tran-



Petrarca.

quilidad de los campos les gusta más que el bullicio de las ciudades.» No es, pues, extraño que Petrarca cayese enfermo cuando cesaba de leer ó de escribir ó cuando no podía meditar sobre las lecturas en los valles solitarios junto á una fuente cristalina, sentado en una roca ó en la cuesta de la montaña. En el curso de sus frecuentes viajes, estudiaba y escribía en cualquier parte donde se paraba. Uno de sus amigos, que era obispo de Cavillon, temeroso

de que el ardor con que trabajaba el poeta acabase de arruinar su quebrantada salud, le pidió un día la llave de su biblioteca. Dióselo Petrarca sin preguntar á su amigo para qué la quería. El buen obispo encerró en esta biblioteca libros y escritorios, diciéndole: « No se trabaja aquí en diez días. » Prometió Petrarca obedecer, no sin un violento esfuerzo. Halló tan largo el primer día, que creyó que nunca acabaría; en el segundo tuvo un continuo dolor de cabeza, y al tercero hubieron de devolverle la llave.

La aplicación de Bossuet al estudio era increíble. Todas las noches dejaba encendida una vela á su lado, y después del primer sueño, que solía durar cuatro horas, se levantaba, aun en medio de los frios mas rigorosos, rezaba sus oraciones y se sentaba en seguida á su bufete para trabajar, hasta que no pudiendo mas, se volvía á acostar. Siguió constantemente este género de vida, aun en sus viajes, hasta una edad muy avanzada.

Así fué como este gran prelado, sin dejar de cumplir con los importantes deberes que tenía á su cargo, llegó á componer tantas y tan hermosas obras, y adquirir al propio tiempo una erudición tal, que con dificultad se concibe cómo pudo leer todo lo que aprendió y escribir lo que compuso.

La Luzerne ².

Otro ilustre prelado, el cardenal de la Luzerne, no fué ménos notable por su incansable pasión por el estudio, pues hasta la edad de ochenta años continuó instruyéndose y componiendo al mismo tiempo obras muy útiles. Conservó toda su vida la regla del seminario, levantándose

1. Obispo de Meaux. Fué uno de los prelados mas grandes y uno de los escritores mas ilustres que ha habido

en Francia. Murió en 1704.
2. Murió en 1821.

todos los días á las cuatro de la mañana, sin encender nunca lumbre por mas frío que hiciese, y empezando á trabajar inmediatamente. Ni en el destierro, ni en viaje interrumpió jamás esta útil y enérgica práctica.

Sofía Germain.

Esta mujer llegó á colocarse por su amor al estudio entre los primeros matemáticos del siglo XIX. En medio de la intranquilidad á que daba origen la revolución francesa y que preocupaba el ánimo de su familia, quiso Sofía, aunque solo contaba catorce años, crearse una ocupación activa y consecuente para precaverse contra sus temores sobre el porvenir. La casualidad puso en sus manos una obra intitulada: *Historia de las Matemáticas*, donde leyó la relación de la muerte de Arquímedes ¹, á quien ni la toma de Siracusa, ni la espada del soldado levantada sobre su cabeza, pudieron distraer de sus meditaciones. La niña hizo al punto su elección, y sin otro maestro ni mas guía que un tratado elemental de matemáticas que encontró en la biblioteca de su padre, se puso á estudiar con ardor esta ciencia, superando todos los obstáculos que su familia opuso al principio á un gusto que no parecía deber convenir ni á su edad, ni á su sexo.

Levantábase Sofía á media noche con un frío tan rigoroso que la tinta llegó á helarse en el tintero: entonces trabajaba abrigada con las mantas de la cama y á la luz de una lamparilla, pues, para obligarla á que descansase, la quitaban la lumbre del cuarto, sus vestidos y las velas. Por último, en vista de su decidida vocación, cesaron de violentarla, y Sofía Germain llegó á ser famosa por su talento en las matemáticas, en las cuales ganó varios premios concedidos por la Academia de ciencias. Murió en 1831.

1. Gran matemático de la antigüedad. Estaba tan absorto en el estudio, que cuando los romanos tomaron por asalto á Siracusa (212 años antes

de J. C.), donde él se hallaba, ni siquiera notó la entrada de los enemigos.

Adriano Florent.

A mediados del siglo xv, distingúfase entre los estudiantes de la Universidad de Louvain, ciudad de Bélgica, el joven Adriano, hijo de un tejedor de Utrecht, en Holanda.

Estudiaba Adriano con una perseverancia infatigable. A veces sus ojos apesgados y su cuerpo rendido de cansancio, le obligaban á interrumpir sus tareas; pero el amor al estudio reanimaba en breve sus fuerzas. Ansioso de toda clase de instruccion, iba á adquirirla á las fuentes de todas las ciencias.

Los maravillosos adelantos del joven Adriano, no tardaron en excitar los celos de los demas estudiantes, sobre todo de los mas ricos y ménos aplicados.

A poco se descubrió que cada dia, al anochecer, salia furtivamente Adriano de la Universidad y que tomando constantemente una misma direccion, no regresaba jamas sino despues de media noche. Tambien notaron que inventaba siempre algun pretexto para que sus condiscípulos no le acompañasen en sus excursiones.

Una noche algunos de ellos le siguieron lisongeándose con la idea de hallarle culpable de algunos graves desórdenes; pero notando él que le seguian, pudo burlar la curiosidad de sus enemigos. Estos continuaron paseándose por la ciudad, esperando que alguna feliz coyuntura les haria descubrir las huellas del que buscaban. Como era ya cerca de media noche, les ocurrió visitar ántes de retirarse los alrededores de la iglesia de San Pedro, no con la esperanza de hallarle, sino para que su exploracion fuese completa.

Al llegar cerca de la iglesia, que es uno de los edificios mas hermosos é imponentes de los Países-Bajos, un estudiante dice de repente á sus compañeros: « Deteneos, que si no me engaño, veo bajo el pórtico una figura humana que permanece inmóvil junto á una lámpara. » Diciendo esto se adelanta poco á poco hácia el bulto que llamaba su curiosidad, seguido de sus compañeros, y al débil resplan-

dor de una lamparilla que ardía bajo el pórtico de la iglesia, perciben á un hombre inclinado sobre un libro. Un ligero reflejo de la lámpara alumbraba su rostro, que estaba pálido y cansado: « ¡Es Adriano! » exclaman á un tiempo todos, y en efecto era él. Al verse sorprendido, alza la cabeza y se pone encarnado como el carmin, pero serenándose en breve adelantóse hácia sus camaradas y les dijo: « El misterio está aclarado, puesto que ya lo sabeis todo; soy muy pobre para comprarme una vela y de cuatro meses á esta parte continuó mis estudios aquí ó en la esquina de una calle ó en cualquiera otra parte donde hallo luz. — ¿Pero, cómo puedes soportar el frio? ¿Cómo no te has helado? » le dijo uno de sus compañeros. Sonrióse Adriano, y tomando con su mano ardiente la de su condiscípulo: « ¿Tengo frio? le responde; y poniendo luego esa misma mano sobre su corazon: aquí hay algo, dijo, que arrostra el frio lo mismo que vuestra burla. » Nadie osó hacer mofa de él; muy al contrario, el odio y la envidia desaparecieron dejando el puesto á una sincera amistad.

Pueden leerse los detalles de su vida en los anales de su país, y se verá que, gracias á su talento, fué elevado al cargo de vice-canciller en aquella misma Universidad donde entró pobre y sin amparo. Despues fué nombrado preceptor de Carlos V, emperador de Alemania y rey de España; mas tarde su discípulo, agradecido, le nombró primer ministro de España, y por último fué electo papa bajo el nombre de Adriano VI. Murió en 1523.

El Pastor de Ettrick.

Jaime Hogg, conocido con el nombre del pastor de Ettrick, villa situada en el condado de Selkirk, en Escocia, es un poeta muy estimado en Inglaterra. Empezó á estudiar á los veinte años, y hasta entónces no habia aprendido á leer ni á escribir; pero la buena voluntad, unida al trabajo, venció todas las dificultades. Su juventud fué pobre y miserable por haberla pasado apacentando los ganados

en las montañas de Escocia, donde, á fuerza de vivir en la mas profunda soledad, acabó por amar las fuentes, los arroyos, las grutas, las montañas, el cielo y las nubes. Obligado á renunciar al trato de sus semejantes para subsistir, se apasionó de las bellezas de la naturaleza; pero no hubiera llegado nunca á ser capaz de pintarlas, si no hubiese adquirido una variada instruccion y un talento notable, gracias á la fuerza de su voluntad y á su constante aplicacion. Su ejemplo nos enseña que un jóven cuya infancia ha sido descuidada completamente, puede reparar esta desgracia si es capaz de quererlo y de perseverar en su propósito.

§ II. MODESTIA.

De todos los vicios, el orgullo es acaso el mas odioso y peligroso. (Tratado de moral.)

La tontería y la vanidad son dos hermanas que rara vez se separan. (Moralistas orientales.)

Si quereis que hablen bien de vosotros, guardaos bien de elogiaros: el yo en este caso es detestable. (PASCAL.)

La modestia es el adorno que da fuerza al mérito y lo realza. (LA BRUYÈRE.)

Conviene merecer las alabanzas y sustraerse á ellas. (FENELON.)

Blasonar de nobles, afortunados ó talentosos, es confesarnos indignos de esas cualidades. (B.)

El que se avergüenza de su primitivo estado ó de la humilde condicion de sus padres, cuando ha llegado á un puesto superior á ella, es un ingrato con la Providencia. El que obra así da pruebas de tener un ánimo mezquino y un mal corazón. (B.)

Platon.

Era Platon un célebre filósofo ateniense, discípulo de Sócrates, que compuso importantes y bellísimas obras. Cuando estaba Grecia en el apogeo de su gloria, fué á Olimpia¹ á ver los juegos, y vivió allí con personas desconoci-

1. Los juegos olímpicos eran unas fiestas magníficas que se celebraban cada cuatro años, en el solsticio de

verano, y en las cuales tomaban parte todos los pueblos que componian la confederacion de la Grecia.

das, cuyo afecto se grangé en breve por la suavidad de sus modales y la dulzura de su carácter. Sin haberles hablado de ciencias ni de filosofía, les dijo solamente que se llamaba Platon; pero despues de la celebracion de los juegos, fueron juntos á Aténas, donde el filósofo les hospedó en su casa, con la mayor cortesía y cordialidad. Sus huéspedes le dijeron entónces: « Hacednos el favor de llevarnos á casa de ese célebre filósofo que se llama Platon, como vos, pues nuestra visita á Aténas ha sido, en parte, para verle. — Soy yo, contestó Platon con modesta sonrisa. Sorprendidos los forasteros al ver, que sin saberlo, habian tenido un compañero tan ilustre, se convencieron de que cuanto se decia de Platon, era inferior á lo que merecia, y que su modestia igualaba á su mérito. Murió 347 años ántes de J. C.

Epaminondas.

Epaminondas, general tebano, era famoso por sus hazañas y su desinterés. Sus enemigos, para mortificarle, le hicieron nombrar *tetarco*, empleo indigno de él, pues consistia en hacer barrer las calles; pero el valiente general, léjos de dar á entender que consideraba degradantes aquellas funciones, las aceptó con buena gracia y las desempeñó con celo. Con este motivo se dijo: « Epaminondas ha probado con su ejemplo que no es el empleo el que honra al hombre, sino el hombre el que honra al empleo. » Murió 363 años ántes de J. C.

Turena.

Turena, uno de los capitanes mas grandes y virtuosos que ha tenido Francia, acababa de ganar una gran batalla en la cual se cubrió de gloria. Para anunciar esta victoria á su mujer, hé aquí el billete que le escribió: « ¡Alabado sea Dios! Me he cansado un poco durante el dia; os doy las buenas noches y voy á acostarme. » De este modo

no dijo ni una sola palabra de su habilidad, de sus admirables maniobras, ni de sus heroicas hazañas. Nunca se desmintió la modestia de este gran capitán: «¿Quién hizo



Turenna.

jamás mayores cosas que él? » dice uno de sus panegiristas: «¿Quién las hizo con más moderación? Si lograba alguna ventaja, no la atribuía á su habilidad, sino á una equivocación de sus enemigos; si daba cuenta de una victoria, lo refería todo y solo olvidaba decir que era él quien la había ganado; cuando contaba alguna de esas acciones que

le habían hecho tan célebre, cualquiera hubiera dicho que él no fué más que un mero espectador de ellas, llegándose hasta dudar si él ó la fama se equivocaban; al regresar de las gloriosas campañas que immortalizaban su nombre, huía de las aclamaciones populares, se sonrojaba de sus victorias y no osaba casi presentarse en la corte, porque el respeto le obligaba á soportar con paciencia los elogios con que le honraba siempre el rey.

Este grande hombre vivía en París con la mayor sencillez, y semejante á los héroes de la antigua Roma, no se singularizaba con ningún brillo exterior. Muchas veces iba solo á pie á oír misa en la iglesia más cercana y desde allí á pasearse por la ciudad, sin acompañamiento ni distintivo alguno. En uno de sus paseos, se halló un día junto á un corrillo de trabajadores que, no conociéndole, le pidieron que fuese árbitro de una jugada. Turenna midió la distancia con su bastón, pronunció su fallo y se vió injuriado por el perdidoso. El mariscal, sonriéndose, iba á medir por segunda vez la distancia, cuando varios oficiales que pasaban por allí, fueron á saludarle. El insolente mozuelo, al ver con quién las había, se confundió en excusas, pero Turenna se contentó con responderle: «Amiguito, has hecho mal en creer que yo quería engañarte.»

Una de las pocas veces que iba al teatro, se halló solo en un palco, donde entraron después varios forasteros con mucho boato; éstos, que no le conocían, quisieron obligarle á que les cediese el puesto, pero habiendo él rehusado, como era natural, tuvieron la insolencia de echarle al patio el sombrero y los guantes. Turenna, sin inmutarse, suplicó á un jóven que estaba allí cerca, que fuese á recogerlos. Hízolo así, y al devolvérselos, le saludó por su nombre. Al oírlo se llenaron de confusión los insolentes forasteros y quisieron retirarse, pero Turenna les retuvo con bondad, y les dijo: «Señores, con apretarse un poco, había fácilmente puesto para todos.» Turenna nació en 1611 y murió en 1675.

Catinat.

Catinat, hombre virtuoso y uno de los mejores generales de Luis XIV, fué acaso el hombre mas sencillo y modesto de su tiempo. En la relacion que hizo al ministro de la batalla de Staffarde¹, que acababa de ganar, citó á todos los jefes de los cuerpos que pelearon bajo sus órdenes, y el rey, segun el parte del general, debia á cada uno de ellos un favor particular: solo las cartas de varios oficiales referian las hazañas de Catinat, y por ellas se supo que habia perdido su caballo, recibido varios balazos en sus vestidos, y por fin, una contusion en el brazo izquierdo. Era tan poco lo que hablaba de sí el valiente general, que una persona que leyó el parte, preguntó con mucha naturalidad si Catinat se hallaba presente en la batalla. Al dia siguiente, cuando fué á felicitar á uno de los regimientos que mas contribuyeron al triunfo por su valor, varios soldados, que estaban jugando á los bolos á la entrada del campo, dejaron el juego para acercarse al general; pero Catinat, con tono bondadoso, les dijo que no se incomodasen. Varios oficiales le propusieron entónces que hiciese una partida con ellos, lo que aceptó el general, poniéndose á jugar á los bolos. Hallábase presente un oficial de graduacion, y dijo, chanceándose, que era muy extraño ver jugar á los bolos á un general de ejército al siguiente dia de una batalla: «Os equivocais, contestó Catinat, lo extraño seria que jugase despues de haberla perdido.»

Esta moderacion y serenidad de ánimo, en un momento que para otros muchos seria un motivo de orgullo, pintan bien el carácter del grande hombre y del verdadero sabio.

El general Santander.

Paseábase un dia por su hacienda el general americano Santander. Viene á él un fatuo con el sombrero puesto, y

1. Pueblo de Piamonte, situado á 6 kilómetros N. E. de Saluces.

miéntras Santander le escuchaba con sombrero en mano, el otro le dice: « Buen hombre, yo no se de quién es esta hacienda, pero puedes decir á su dueño que me he tomado la libertad de cazar en ella. »

Como algunos aldeanos que se hallaban presentes se rieron á carcajadas, el jóven preguntóles con tono altanero de qué se reian. « De la insolencia con que habla usted al general, » le respondieron.

Vuélvase entónces hácia él con sombrero en mano, y se disculpa diciendo que no le conocia.

« No sé, le respondió, qué necesidad hay de conocer á un hombre para quitarse el sombrero y saludarle cuando se le habla. En adelante, amigo, hará bien en ser cortés con todo el mundo, y así tendrá derecho de que lo sean con usted.

Hipócrates.

Hipócrates era un célebre médico de Cos, una de las Cíclades ó islas del mar Egeo. Nació 460 años ántes de Jesucristo.

Ademas de haber estudiado medicina con su abuelo Nebro, se instruyó mucho leyendo las tablillas ó registros depositados en los templos de los dioses, en las cuales cada individuo estaba obligado á extender una descripcion de la enfermedad que habia tenido y de los remedios de que habia hecho uso.

Dió una prueba notable de sus conocimientos en medicina, librando á los atenienses de una peste horrible que los desolaba al principio de la guerra del Peloponeso. Una corona de oro, los derechos de ciudadano de Aténas, y la iniciacion en los misterios de Elénsis, fueron la recompensa de este importante servicio.

No tenia ambicion á honores ni riquezas. Habiéndole convidado Artajerjes Largamano, rey de Persia para ir á su córte, prometiéndole honores y recompensas considerables, Hipócrates los rehusó con firmeza, pero con mode-

tia, y respondió al monarca, que habia nacido para servir á sus compatriotas y no á los extranjeros.

Empleaba su tiempo en observar con atencion los síntomas y los progresos de cada enfermedad, y en hacer experiencias sobre el cuerpo humano. Los médicos que han vivido despues de él han sacado mucho provecho de sus observaciones llenas de claridad. Con razon fué llamado el padre de la medicina.

Recogió el fruto de la prudencia y moderacion con que arregló su método de vida, pues llegó hasta los cien años de edad, sano de cuerpo y de espíritu. Solo un corto número de sus obras han llegado hasta nosotros.

Madama Dacier.

Era madama Dacier una mujer muy instruida y famosa por sus obras. Un sabio aleman que las leyó y las apreciaba mucho, fué á visitarla á Paris y la presentó su álbum, para que escribiese algo en él. Habia en aquel álbum las firmas de los mas célebres literatos de Europa, y madama Dacier contestó que jamas se atreveria á poner su nombre al lado del de aquellos hombres ilustres. Insistió el aleman, y á fuerza de instancias logró decidirla. Madama Dacier tomó entónces la pluma y escribió su nombre al pié de esta sentencia de un autor griego: «El silencio es el adorno de las mujeres.»

Amyot.

Jaíme Amyot, célebre por sus obras, nació en Melun, en 1513, y era hijo de una familia de pobres artesanos. Hizo sus estudios en Paris, sin mas socorro que un pan que su pobre madre le enviaba cada semana, y aun se dice que, fulto de vela ó aceite para alumbrarse, estudiaba al débil resplandor de algunas brasas, como hacia Adriano Florent á la luz de la lamparilla de una iglesia.

Quando acabó sus estudios á fuerza de privaciones y

trabajo, fué nombrado catedrático, y luego preceptor de los hijos de Enrique II, que le colmaron de bienes y dignidades. Murió en 1598, siendo gran limosnero de Francia y obispo de Auxerre.

Hé aquí una anécdota que le honra. Siendo niño, cuando iba á Paris para hacer sus estudios, se perdió y cayó enfermo en el camino. Un ginete que pasaba por allí, le vió tendido en medio del campo, se compadeció, ayudóle á levantar, y poniéndole en grupas de su caballo, le llevó al hospital de Orleans. Como sólo estaba enfermo de cansancio, se restableció pronto y salió del hospital con doce sueldos que le dieron. Quando llegó á ser rico, léjos de avergonzarse de esta aventura, fundó una renta al hospital de Orleans en reconocimiento de aquel acto de caridad y para perpetuar su memoria.

Sixto-Quinto¹.

Quando el jóven Félix Perelli, que llegó á ser papa con el nombre de Sixto-Quinto, fué á Roma por primera vez, hallábase muy necesitado y no poseia mas que una cortísima cantidad de dinero que no sabia cómo emplearla, si en comer ó en comprarse un par de zapatos. Durante esta consulta interior, se pintaba en su fisonomía la expresion de los diversos movimientos de su alma, y un mercader que acertó á pasar por allí, le preguntó la razon de su incertidumbre. Díjosela el mozo ingénuamente, y con tal gracia, que el mercader embelesado se lo llevó á su casa, le regaló con una buena comida, y puso de este modo término á su irresolucion.

Quando Félix llegó á ser papa, se complacia en referir esta aventura sin el menor rubor. A su vez convidó á comer al mercader, y no contento con hacerle este honor, le colmó de favores.

¹ Nació en Montalto, cerca de Aseoli, en Italia, y pasó su infancia guardando cerdos. Fué papa desde

1585 á 1590. Su reinado fué muy glorioso.

Duras.

[Siglo xvii.]

Un valiente oficial llamado Duras, era hijo de un pobre labrador, pero en el regimiento en que servia, le creian todos descendiente de la ilustre casa de Durfort de Duras. Un dia que su padre fué á verle, le recibió con los brazos abiertos, y en el transporte de su alegría, le presentó á su coronel con el traje campesino. Enterado Luis XIV del modo con que recibió y honró á su padre este buen hijo, le mandó ir á su córte, y le dijo: «Duras, me es muy satisfactorio conocer á uno de los mas honorables generales de mi ejército: os concedo una pension; casaos y yo me encargaré de vuestros hijos, pues mereceis tenerlos dignos de vos.»

Madama de Maintenon.

Acontece muy á menudo que en la prosperidad no nos acordamos de lo que hemos sido mas que para hacer que los demas lo olviden. La célebre Madama de Maintenon se acordaba siempre de lo que fué, pero era para hacer bien á los demas. Sucedió un dia que entre los numerosos solicitadores que llenaban sus salones, se acercó á ella un hombre que la dijo con cierto respetuoso atrevimiento: «Señora, hace unos cuarenta años que os ví por primera vez, y aunque no me reconozcais, no es posible que hayais podido olvidarme enteramente. ¿No os acordais de que á vuestro regreso de las islas ibais todos los juéves á la puerta del colegio de la Rochela, donde, segun la costumbre de la mayor parte de las comunidades, se repartia la sopa á los pobres? Entónces era yo uno de los profesores de aquel establecimiento, y cuando me tocó hacer este reparto, llamásteis mi atencion entre la muchedumbre de pobres por vuestros finos modales y ademan distinguido: la timidez con que os presentábais para recibir aquella limosna, me llenó de compasion. — ¡Cómo! respondió

Madama de Maintenon, ¡sois vos aquel hombre generoso que, para evitarme el rubor de verme confundida con aquellos desgraciados, me enviábais la sopa á mi casa, añadiendo cuán sensible os era no poder darme mas que un socorro tan mínimo! En aquella ocasion me hicisteis dos favores; uno al darme la limosna, y otro ahorrándome el dolor de recibirla en público. ¿Qué puedo hacer en vuestro obsequio?»

Contestó el anciano que hacia ya muchos años que habia salido del colegio de la Rochela, y que en aquel momento, por una série de circunstancias desgraciadas, no era mas que maestro de escuela de un pueblo, pero que toda su ambicion se limitaba á obtener una cura, y que contaba para ello con la proteccion y acaso con el agradecimiento de Madama de Maintenon. Respondióle la noble señora que ella no queria intervenir en el nombramiento de curas, y que no sabia si él era apto para dicho cargo; que por consiguiente, le rogaba que se contentase con recibir, por el pronto, una bolsa con cien doblones¹, prometiéndole enviarle cada año igual cantidad.

Bernadotte en Viena.

[1798.]

El general Bernadotte², que llegó á ser con el tiempo rey de Suecia, fué enviado á Viena por la República francesa en calidad de embajador. Súpose en aquella córte alta-nera que habia servido como soldado en un regimiento, cuyo coronel era M. de Bethizy, y creyeron humillar al valiente general recordándole el modesto principio de su carrera. El baron de Thugut, ministro austríaco, le dijo un dia en medio de una brillante y numerosa reunion: «Señor embajador, tenemos aquí á un antiguo oficial emigra-

1. Pieza de oro de 10 libras que valia en aquel tiempo unos 20 francos de la moneda actual.

2. Bernadotte, célebre general francés, nació en Pau en 1764 y fué ele-

gido rey de Suecia en 1810, por los Estados generales, bajo el nombre de Carlos XIV. Murió en 1844, y le sucedió su hijo